

BOLSILIBROS

TERROR

Selección TERROR

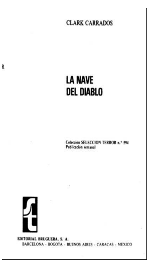
Clark Carrados

LA NAVE DEL DIABLO

CLARK CARRADOS

LA NAVE
DEL DIABLO

Colección SELECCIÓN TERROR nº 594
Publicación semanal


CLARK CARRADOS

LA NAVE
DEL DIABLO

Colección SELECCION TERROR n.º 594
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 36.684 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1984

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

El motor de la embarcación hizo «pof, pof» unas cuantas veces y se paró de repente. El único tripulante dormitaba en la popa y se incorporó sobresaltado al percibir el súbito silencio que había sustituido al rítmico petardeo de la máquina que hasta entonces había propulsado la nave.

Mars Drake se sentó y escuchó unos momentos. Luego, incorporándose, se acercó a la escotilla que permitía el acceso al compartimento del motor. Funcionaba perfectamente, estaba seguro de ello, pero, entonces ¿por qué diablos se había parado?
Si se trataba de una avería, desde allí no podía averiguarlo. Fue a la cabina, destrincó el timón, mantenido hasta aquel momento en un rumbo determinado y accionó el contacto eléctrico.

El motor de arranque giró inútilmente. Drake lo accionó hasta que se dio cuenta de que corría peligro de agotar la batería. Entonces se dedicó a averiguar las causas de la detención.
Estaba a más de treinta millas de la costa. Era buen navegante y pensaba pasar unos días en alta mar. Los pronósticos del tiempo eran favorables, por lo que no había temor de huracanes perniciosos.
De pronto, vio algo que lo dejó sin aliento.
—Maldición ¿cómo ha sido posible...?
La aguja del indicador de combustible señalaba cero. Eso no podía ser, se dijo. Los tanques, el principal y el de emergencia, estaban llenos al zarpar del puerto. Tenía reservas de combustible para una semana al menos, pero, con poco más
de treinta millas, se había quedado sin aquel precioso elemento.

El indicador había de fallar, pensó. Un cuarto de hora más tarde, terriblemente desconcertado, comprobaba una amarga e incomprensible verdad: los dos tanques estaban ab solutamente vacíos
Pero en el puerto le habían garantizado las perfectas condiciones de la nave. El mismo había hecho unas compraba ciones por su cuenta y habían encontrado todo en orden. ¿Qué había sucedido?

Cuando volvió a la cubierta, divisó a lo lejos una línea grisácea que cerraba el horizonte. Era un enorme banco de niebla y parecía dirigirse rectamente hacia él.
—Lo que me faltaba —gruñó Drake, mientras maldecía para sus adentros la estúpida idea de convertirse por unos días en un navegante solitario.

Llamaría por radio para que lo socorriesen, decidió de inmediato. Cuando se disponía a hacerlo, oyó una sorda explosión y vio brillar una llamarada en el pequeño puente de la embarcación.

El instinto de conservación le hizo actuar de forma maquinal, sin pararse a pensar en las causas de la explosión. Agarró el extintor que tenía más a mano y lo enfocó hacia las lia mas. El fuego quedó apagado en pocos momentos. —¿Qué diablos pasa aquí? —exclamó. Sentíase completamente desorientado. No entendía los motivos de la avería del motor, ni de la falta de combustible ni del repentino incendio que, lo vio poco más tarde, lo había dejado no sólo sin transmisor de radio, sino también sin los elementos más indispensables para la navegación.

Ahora carecía de brújula. Sabía en qué dirección estaba la costa, invisible desde su posición, pero tenía sobrada experiencia para saber que un hombre solo, en una barca, sin instrumentos de navegación, podía desorientarse para acabar perdiéndose en la inmensidad del océano.
—¿Quién me quiere tan mal? —se preguntó. No creía tener enemigos y, en todo caso, ¿por qué no le habían pegado cuatro tiros cuando estaba en tierra firme?

La niebla se acercaba rápidamente. ¿O era él quien se aproximaba a aquella colosal masa grisácea, que parecía al canzar ya centenares de metros de altura?

Para satisfacer su curiosidad, hizo una pequeña prueba. Buscó un tapón de botella y lo arrojó a unos veinte metros de distancia. A los pocos minutos, comprobó algo verdaderamente desagradable.

El tapón se quedaba atrás. La lancha poseía mayor masa y, por tanto, era arrastrada con mayor rapidez por la corriente. Y ésta seguía un curso completamente opuesto a la costa.
—Me empuja mar afuera —masculló disgustadamente.
Empezó a pensar en la conveniencia de montar una vela de emergencia con las ropas de que disponía, pero casi en el mismo instante, como si fuese un monstruo antediluviano que se dispusiese a devorarlo, la niebla se le arrojó encima y todo cuanto le rodeaba desapareció en aquella capa gris que no permitía la visión a más de diez metros de distancia.

* * *

Por encima de su cabeza oyó el motor de un aeroplano. Drake se preguntó si los cohetes de señales saldrían por encima de la niebla, para ser avistados por el piloto del avión. Segundos más tarde, se llevó una nueva decepción.
—Aunque, la verdad, ya debía esperarme una cosa semejante.

No había cohetes de señales. Trató de utilizar la bocina, pero a los dos clarinazos dejó se sonar. Había otra de repuesto, portátil, neumática, pero no tenía más gas en su interior.

El avión se alejó, para regresar poco después. Drake forzó la vista, tratando ilusionadamente de traspasar la niebla. Si ésta aclarase, podría hacer señales...

De pronto, el sonido del motor del avión cambió de pronto. Hizo unos ruidos extraños y luego se paró.
Situado en la proa, Drake trató de ver algo, pero desistió cuando se dio cuenta definitivamente de que era algo imposible. Le pareció oír el ruido de algo que chocaba contra el agua a no demasiada distancia. A los pocos momentos, oyó una explosión.
Meneó la cabeza. Compadeció al piloto. Le había fallado el motor también.
—Pero, al menos, yo estoy en mejores condiciones —se dijo.

Abandonando la proa, se dispuso a buscar en el almacén de pertrechos.
Sobre la cabina de pilotaje, había un pequeño mástil, con cruceta, para la antena de la radio y cabos con los que poder utilizar banderas. Construiría una vela de fortuna y...
De pronto, oyó un agudo grito:
—¡ Socorro! ¡ Por favor, ayúdeme!

Drake se quedó paralizado un segundo. El grito se repitió, ahora a muy corta distancia. Corrió de nuevo hacia la proa, atónito al darse cuenta de que era una mujer la que solicitaba ayuda. La vio a una docena escasa de metros, nadando desesperadamente.

Ella también lo vio y alzó una mano.
—No tengo chaleco salvavidas —gritó—. Empiezo a sentirme agotada.
En la proa había un rollo de cuerda, que Drake preparó en segundos.
—No se preocupe, pronto estará a salvo —dijo—. Siento no poder acercarme con la lancha; estoy sin una gota de combustible.

Arrojó el cabo y ella lo agarró con ambas manos. Drake tiró con

fuerza. Cuando la mujer, que le pareció de momento joven y bastante bonita, se hallaba solamente a un par de metros, vio algo que le heló la sangre en las venas.

La aleta triangular cortaba las aguas con siniestro silencio. Drake dio un tremendo tirón a la soga.
—¡Aprisa! —gritó—. Salga cuanto antes del agua...

La mujer volvió la cabeza un instante, divisó al escualo que se abalanzaba hacia ella con aterradora velocidad y lanzó un chillido de pánico. Pero Drake estaba ya arrodillado en la borda y le tendió las dos manos, izándola con poderoso impulso, justo en el momento en que la bocaza del tiburón emergía fuera del agua.

Las aceradas mandíbulas chasquearon horriblemente en el vacío. La fiera, burlada, viró en redondo y se alejó con la misma rapidez con que había aparecido.
Sentada sobre la cubierta, con las piernas bajo el cuerpo y una mano apoyada en la tablazón, la mujer se apartó de la cara los cabellos chorreantes y dirigió a Drake una sonrisa de circunstancias.
—Parece que me he salvado por los pelos —dijo.
—Tengo la sensación de que es usted demasiado optimista, señorita —respondió Drake—. Yo diría más bien que ha saltado de la sartén para caer en las brasas.

* * *

Sobrevino un momento de silencio. Ella lo miraba con ojos de asombro, como si no pudiera creer en lo que acababa de escuchar.
—No tengo una gota de combustible, ya se lo dije antes —continuó él —. Una explosión ha destruido mi transmisor de radio, carezco de cohetes de señales y ni siquiera puedo hacer sonar la sirena de aviso.

Incidentalmente, me llamo Mars Drake.

La joven se irguió un poco.
—Soy Glynnis MacRae —se presentó—. Pilotaba un avión y el motor sufrió una avería. Pude amarar y entonces se produjo un incendio y tuve que abandonar el aparato. Fui a ponerme el chaleco salvavidas, pero carecía de la botella que lo hincha automáticamente. No tuve tiempo más que para alejarme a toda prisa de las llamas del combustible derrama do. Por fortuna, lo encontré a usted...
—¿Tuvo tiempo de hacer una llamada de socorro?
Glynnis negó con la cabeza.
—La radio no me funcionaba —contestó.

Drake se pellizcó el labio inferior.
—Encuentro todo esto muy raro, aunque es posible que en algún momento consiga una explicación lógica de dos accidentes, pero casi simultáneos. Mientras tanto ¿quiere cambiarse de ropa? Puedo prestarle una camisa y un par de pantalones, hasta que sus ropas estén secas...

—Se lo agradeceré —sonrió la joven.
Debía de tener unos veinticinco años, calculó Drake. Al ponerse en pie, vio que era bastante alta y con una figura muy atractiva. El pelo era oscuro, aunque no negro del todo, y las pupilas tenían una coloración verdosa, que le confería un cierto aire exótico.

Drake la condujo a la cabina, abrió su bolsa de equipaje y dejó sola a la joven. Ella reapareció en cubierta minutos más tarde, abrochándose los botones de la camisa.
—Con esta niebla, mis ropas tardarán mucho en secarse —dijo.
—No tenemos prisa, señorita MacRae —contestó él—. Pero creo mi deber ponerla al corriente de la situación. La lancha va al garete, por desgracia, no hacia la costa, sino mar afuera, empujada por la corriente.

No sabemos cuánto durará la niebla, aunque yo diría que viajamos juntos. Por tanto, es posible que pasen muchas horas antes de que vuelva la visibilidad normal. Incluso, si sucede relativamente pronto, será ya de noche, lo que vendrá a complicar aún más la situación.
—¿No tiene bote salvavidas? —preguntó Glynnis.

—Hay una balsa neumática, hinchable, pero la botella de gas está vacía. Créame, yo diría que alguien ha planeado estos accidentes, aunque no comprendo los motivos. ¿No piensa usted lo mismo?

Ella pareció meditar unos momentos.
—La verdad es que el avión se hallaba en magníficas condiciones cuando yo despegué del aeropuerto. Pero ¿quién me asegura que alguien, antes del despegue, no realizó un hábil sabotaje para conseguir que el aparato cayera al mar?
—¿Tiene usted enemigos? ¿Hay alguien que trate de matarla?

Glynnis vaciló unos instantes. Luego sacudió la cabeza con energía.
—No, no tengo enemigos —dijo.

Pero Drake pudo captar en su voz una leve nota de inseguridad. Glynnis le mentía, aunque se dijo, la vida privada de la joven no era de su incumbencia.

—Yo tampoco tengo enemigos —declaró—. Y eso hace aún más incomprensible lo que nos ha sucedido. En fin, esperemos que esta situación no se prolongue más allá de lo
necesario. A más tardar, mañana habrá despejado la niebla y podremos hacer algo para resolver este problema.

—¿Por ejemplo...?
—Una vela de fortuna..., el sol al salir como medio de orientación, o las estrellas si la niebla levanta antes... Hay agua y víveres y no padeceremos demasiado —contestó él sonriendo.
—Bien, esto será algo que un día podremos contar a nuestros nietecitos —dijo Glynnis con jovial acento.

Pero la sonrisa se heló de repente en sus labios.
Drake se percató de que ella miraba algo horrible, situado a sus espaldas. Al volverse, divisó algo que le parecía inconcebible en aquellos parajes.

Surgiendo de la niebla como un navío fantasmagórico, un barco, que navegaba en completo silencio, se dirigía hacia ellos rectamente. Drake se dio cuenta bien pronto de que no iban a poder evitar la colisión.
—¡Glynnis, tenemos que saltar! —gritó.

Vagamente, Drake pudo ver que el barco que se arrojaba sobre la lancha era una goleta de tipo anticuado, relativamente baja de casco, pero aterradoramente gigantesca en comparación con la pequeña navecilla en que se hallaban. Sin pensárselo dos veces, agarró la mano de Glynnis, corrió con ella unos pasos y saltó al agua con absoluta decisión.

CAPITULO II

La proa del buque embistió la lancha por el centro, pasándola por ojo literalmente. Hubo un estruendo aterrador y la embarcación más pequeña voló en astillas, mientras la roda de la goleta continuaba inexorablemente su marcha hacia adelante.
La velocidad de la goleta, sin embargo, era bastante reducida. Drake vio desfilar el casco por delante de sus ojos, a muy corta distancia y, de pronto, vio un cabo que pendía suelto fuera de la borda.
Inmediatamente, lo agarró con dos manos.

Una vez asegurado, liberó una para tenderla a Glynnis, que se mantenía a flote junto a él.
—Agárrese fuerte —dijo—. Resista, pronto podremos izarnos a bordo.

Ella pudo apreciar que el hombre tenía una fuerza considerable. Drake lanzó un agudo gritó:
—¡Eh, los de la goleta! Acudan a salvar a dos náufragos...

Nadie contestó a sus repetidas llamadas. Drake notó que podía cansarse, si continuaba en la misma posición y se volvió hacia Glynnis, aún agarrada a su brazo derecho.
—Procure sujetarse a mi cintura —dijo--. Voy a izarme a bordo. Así nos salvaremos los dos.
—Está bien —contestó ella.
Glynnis hizo lo que le decía. Notó que subía como una pluma y, casi antes de darse cuenta, se encontró én la cubierta del buque.
Jadeante, casi sin aliento, se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en la borda.

—¿Qué nos pasa, señor Drake? ¿Estamos en la Tierra o hemos ido a parar a un planeta desconocido?

El joven sacudió la cabeza. Reinaba un silencio total, apenas interrumpido por leves chasquidos de algunas velas no arriadas, pero que, apreció muy pronto, eran ya muy viejas. Algunos cabos pendían sueltos y un bote colgaba de uno so lo de los pescantes, golpeando sordamente de cuando en cuan do contra la borda.

Habían subido a bordo cerca de la popa, pero la rueda del timón permanecía solitaria, sin un hombre que gobernase el barco. La densidad de la niebla impedía ver más allá del palo trinquete, hacia la proa.

Glynnis se sintió invadida por un temor casi supersticioso, al apreciar

las condiciones en que se hallaba la goleta.
—Señor Drake ¿adónde hemos ido a parar?

El joven procuró reaccionar. Tenía las ropas empapadas, pero se dijo que era un problema menor, comparado con otros de mayor importancia. No obstante, disponían de una ventaja considerable: se hallaban en un barco sólido, bien construido y que no parecía propicio a naufragar, al menos por el momento.
—Yo diría que, por alguna razón que desconocemos, la tripulación abandonó el buque, y nosotros nos hemos tropezado casualmente con él. Ciertamente, ha hundido mi lancha, pero yo diría más bien que esto era lo que esperaba alguien que sucediera.

Lo mismo que le pasó a su aeroplano.
Glynnis se puso en pie.
—Oiga ¿no estaría apestada...?
—Todo parece indicar que el barco fue abandonado hace mucho tiempo. Si hubo una epidemia, los gérmenes han muerto ya. Y, si no tiene inconveniente, podemos iniciar la exploración, para ver en qué condiciones se encuentra la goleta y tratar de navegar con ella.
—¿Sabrá hacerlo?—preguntó Glynnis.

De pronto, Drake corrió hacia la popa y se acercó al timón. Una exclamación de alegría brotó de sus labios:
—Bueno, al menos, el compás funciona perfectamente, lo que nos permitirá orientarnos en el rumbo correcto. Oiga, Glynnis... Si me permite que la llame así, claro.
Ella sonrió afirmativamente.
—Por supuesto —respondió—. ¿Iba a decirme algo?

—En este buque tiene que haber a la fuerza ropas y víveres. Latas de conservas, desde luego. Y también podemos pescar, de modo que no nos moriremos de hambre.

Drake echó a andar, pero, de pronto, Glynnis lo agarró por un brazo.
—Mars, usted zarpó de Acaldo ¿no es cierto?
—Si, cierto.
—Yo despegué del aeropuerto. Es pequeño y los aviones de líneas regulares no son «Jumbos», precisamente. Acaldo es una población relativamente pequeña, pero en los pocos días que estuve allí, oí rumores acerca de los piratas que asaltan barcos indefensos.
—Yo también he oído algo por el estilo, pero ¿cree que tiene que ver con nuestra situación?
Glynnis se mordió los labios.
—No puedo afirmarlo. Sin embargo, presiento que lo que nos ha

sucedido tiene algo que ver con esos rumores sobre piratas.
—¡En pleno siglo XX! —resopló Drake.
—Los piratas pertenecen a una especie que jamás se ha extinguido por completo. Han podido pasar por épocas de inactividad o, en todo caso, de actividad muy restringida, pero nunca han dejado de existir de un modo absoluto —declaró la joven con gran énfasis.
—Diríase que tiene usted motivos para saberlo —sonrió el joven.
—He oído rumores y he sabido escuchar.
—¿Conoce más detalles de los piratas actuales?
—En Acaldo oí mencionar algo sobre la banda de un tal Caledon. Se dice que va acompañado de una mujer muy hermosa, tan cruel y despiadada como él mismo..., pero la persona que me lo contó no sabía o no quería facilitarme más información sobre el particular. Por otra parte, yo no pensaba que ello pudiera afectarme, así que no insistí más sobre el asunto.
—Y ahora ¿cree que lo que nos sucede tiene que ver con Caledon y su pandilla?

Glynnis hizo un gesto ambiguo.
—Carezco de pruebas concluyentes, aunque ¿por qué iban a producirse las averías de su motora y de mi avión casi al mismo tiempo y con apenas mil metros de distancia entre nosotros dos?
—En todo caso, si fue obra de Caledon, se puede afirmar que los piratas de hoy día poseen una tecnología muy avanzada ¿no le parece? —dijo Drake un tanto irónicamente.
—Sí, es posible. Todo malhechor ha de adaptarse a los lempos en que vive o, de lo contrario, perece.

Mientras hablaban, caminaban por la cubierta de babor, junto a la estructura de una cámara con algunos ojos de buey, cuyas cortinas aparecían cerradas, por lo que no podían ver lo que había al otro lado.

Glynnis iba en cabeza, buscando una puerta para acceder al interior. Cuando llegó al final y dobló la esquina vio algo que le hizo lanzar un agudísimo chillido de horror.
Drake iba algo más rezagado y corrió para averiguar qué le sucedía a la joven. Entonces vio el esqueleto y sintió un terrible escalofrío.

* * *

Durante unos segundos, guardaron un silencio absoluto. Sólo se percibía algún accidental chasquido de las pocas velas que todavía quedaban en los mástiles y el leve chapoteo de las olas contra el casco.

El esqueleto yacía en el suelo, cubierto apenas por algunos jirones de ropa. Su dentadura, descarnada, parecía reír en una perpetua mueca de burla macabra. Glynnis, algo más recobrada, tenía una mano sobre el pecho.
—Me he llevado un susto espantoso —declaró.
—A cualquiera le hubiera sucedido lo mismo —convino él—. Pero un esqueleto es sólo una desagradable visión y no puede hacernos daño alguno. Vamos a explorar el barco; hemos de encontrar ropas y ver si conseguimos agua y alimentos.

Levantó la vista y contempló los mástiles parcialmente desnudos.
—Tendré que aplicarme a restaurar el velamen, para poder volver a puerto —añadió.

—Me gustaría saber el nombre de este barco —dijo Glynnis—. ¿Es que no lo tiene?
De pronto, Drake reparó en un bote que colgaba de los pescantes. Acercándose a la embarcación, pudo ver unas letras en uno de sus costados. Entonces lanzó una exclamación de asombro:
—¡La Amphitryte! Ahora recuerdo...
—¿Qué recuerda, señor Drake? —preguntó ella ávidamente.
—Hace tres o cuatro años, no puedo precisarlo con exactitud. Se propagó la noticia de que este barco se había perdido con toda su tripulación. Pese a todas las pesquisas realizadas, no se pudo hallar jamás el menor rastro y se le dio por perdido oficialmente.
—¿Es posible que la Amphytryte haya estado navegando sola, sin tripulantes y sin que nadie haya sido capaz de localizarla? —se asombro la joven.

Drake hizo un amplio ademán con el brazo.
—El océano es más extenso de lo que parece y un barco puede navegar años enteros sin que nadie lo divise —respondió—. Pero tal vez haya otra explicación para este raro fenómeno, aunque por el momento no me siento capaz de encontrarla.

—Algún día lo sabremos —sonrió Glynnis, a la vez que abría la puerta de la cámara—. Continuemos, señor Drake...
—¿Por qué no me llama Mars? En esta situación, Glynnis, el protocolo está fuera de lugar.
—De acuerdo, Mars... ¿O Mark?
—Mars, de Marte. Un capricho del autor de mis días, que pensaba dedicarme a la carrera de las armas. Ya sabe, Marte, dios de la guerra.
—Y usted es un hombre pacífico.
—Estuve sólo un año en la academia. Decidí que no me gustaba.

Glynnis, permita que yo pase primero.
—Sí, claro.
Entraron en lo que había sido comedor del barco. Había allí dos esqueletos más, cosa que ya no los impresionó tanto. Drake continuó la búsqueda de provisiones y pronto llegaron a los camarotes de la tripulación, en donde hallaron otros tres esqueletos.

—Una tripulación de cadáveres —dijo Glynnis—. ¿Qué pudo ocurrirles, Mars?
Drake estaba inclinado sobre uno de los esqueletos y removió algo con el dedo.

—Al menos, éste murió de un balazo. Se ve la rotura de a costilla y no fue debida a un porrazo.
—Tal vez hubo un motín a bordo... —apuntó ella.
—Es posible y quizá lo sepamos si tengo la suerte de encontrar el diario de a bordo.

Pero ahora eso me importa Tacaos que encontrar ropas limpias o por lo menos secas, y comida.

En un armario hallaron al fin lo que buscaban: abundancia de ropas, nada lujosas, pero sí secas y en perfectas condiciones. Separadas, se cambiaron, para reunirse minutos más

—¿Y ahora? —dijo Glynnis.
—Vamos a ver si, por lo menos, encontramos un par de aras de conservas. Luego, con los debidos respetos, arrojaremos los esqueletos al mar.

Glynnis apoyó una mano en el brazo del joven.
—Mars, no lo haga. Si conseguimos llegar a puerto, con tal que sean vistos por las autoridades. Tal vez haya alguien que pueda identificarlos. Tendrían familia, amigos...

Seguramente, querrán conocer la suerte que corrieron y, aun si ya no puedan hacer nada por estos desdichados, al menos sentirán cierto consuelo al saber que están definitivamente muertos. Un triste consuelo, si lo prefiere, pero a veces es mejor que la misma incertidumbre de no saber nada de ellos.

—Comprendo —asintió él—. Bien, haremos lo que ha dicho. pero después de llenar el estómago.

En el almacén de víveres encontraron un gran frigorífico, con todo lo

que había en su interior completamente corrompido.

Había, sin embargo, varias estanterías, con latas de diversos alimentos. En la cocina, hallaron cubiertos y abrelatas. Drake vio un grifo y lo abrió y salió agua, pero despedía un nauseabundo olor y lo cerró inmediatamente.
—El agua va a ser nuestro problema —dijo—. Parece lógico que, después de tanto tiempo, se haya corrompido. Pero también he visto algunas botellas de cerveza y eso calmará nuestra sed. Si la situación se prolongase, tendría que buscar el método de destilar agua del mar para conseguir agua potable.

Sabría hacerlo? —preguntó ella.
—Sí, desde luego. No es difícil... Bueno ¿vamos arriba.
—¿Á comer con los esqueletos?
Drake sonrió.
—Comeremos en cubierta —dijo.

Volvieron arriba. Al llegar a la cubierta, Glynnis observo algo que llamó su atención.
—Mars, esa puerta -la señaló con una mano—, está abierta.
—Seguramente, no la cerramos al salir...
-No -contradijo ella-. Yo salí después y recuerdo perfectamente haberla cerrado. No es una ilusión de mi memoria, Mars; me pillé ligeramente un dedo, aunque, por fortuna, Drake frunció el ceno. La puerta giraba lentamente como si se abriese y cerrase continuamente, y todo ello a compás dé los leves balanceos de la goleta. Drake la contempló unos momentos y luego, dejando en el suelo la caja de las provisiones pero armado con un cuchillo de cocina, avanzó hacia allá. Sujetó la puerta con una mano y asomó un poco la cabeza.

—Eh hay alguien ahí adentro? —gritó.
No obtuvo respuesta. Glynnis se acerco, para mirar por encima de los hombros del joven.
De pronto, lanzó un estridente chillido.
—¡Mars, han desaparecido los esqueletos!

CAPITULO III

Había alguien a bordo, un ser vivo, parecía evidente, pero a pesar de todos los esfuerzos que hicieron Drake y Glynnis no pudieron encontrar a nadie.

—La Amphitryte es más grande de lo que parece y hay demasiados recovecos, en los que una persona puede esconderse sin ser hallada fácilmente, a menos que cincuenta hombres se dediquen a su búsqueda —dijo Drake mucho más tarde—. Nosotros sólo somos dos, no nos separamos por precaución y el desconocido puede burlarnos cuantas veces quie-ra saliendo sin ninguna dificultad.

Ella asintió, porque comprendía aquel irrefutable argumento. De súbito, recordó algo.
—Mars, un barco como éste, aunque navegue corrientemente a vela, ¿no dispone de motor auxiliar para casos de emergencia o para las entradas y salidas de puerto?
—Es verdad. —Drake se dio una palmada en la frente—. Como he podido olvidarlo? Vamos a ver ese motor, lo pongámonos en marcha inmediatamente y, ahora que disponemos de medios para orientarnos, mañana mismo podemos estar en algún puerto. Quizá de nuevo en Acaldo.
—¡ Acaldo! —repitió ella vivamente.

Drake se volvió para mirarla.
—¿No... no podríamos ir a otro puerto? —sugirió Glynnis.
«¿Por qué no quiere regresar a Acaldo?», se preguntó. Pero a Glynnis no se lo diría y, por lo tanto, era preferible no preguntar algo que no iba a tener respuesta.

—Cuando vea que el motor funciona, consultaré las cartas náuticas —dijo con voz neutra.

Glynnis pareció sentirse muy aliviada y sonrió.

—Ojalá lo consigamos, Mars —dijo.

Drake echó a andar hacia la escotilla que conducía a la cámara de motores. Al llegar a ella, se encontró con un espectáculo desolador.

Parte del motor aparecía despiezado. Drake vio pistones, bielas y otros elementos esparcidos por el suelo sin orden ni concierto. Parecía como si alguien, inexplicablemente enloquecido, hubiera querido destruir el motor.

Meneó la cabeza con pesimismo.
—En las circunstancias actuales, me siento incapaz de reparar eso — confesó.

—Entonces, ¿tendremos que navegar a vela? —dijo Glynnis desalentadamente.
—Mucho me temo que sea ésa la única solución. —Drake consultó su reloj—. Pero es ya un poco tarde para emprender algún trabajo. El tiempo se nos ha pasado más rápida mente de lo que pensábamos y no podré hacer nada en la oscuridad.
—Hay camarotes, pero no me gustaría dormir en un lugar cerrado, Mars —declaró la joven.

Drake comprendió sus aprensiones.
—Subiré dos colchonetas a la cubierta —dijo—. También yo prefiero dormir al aire libre.
—¿No habrá armas en alguna parte? Por ejemplo, en la cámara del capitán.
—Echaremos un vistazo...
Drake se interrumpió bruscamente. En el mismo momento, Glynnis se le echó encima, abrazándosele con todas sus fuerzas.
—Allí... —dijo, ahogándose—. Nos miraba..., con unos ojos que parecían de fuego...
Drake notó los violentos temblores que sacudían el cuerpo de la joven y procuró consolarla.
—Vamos, vamos, no hay nadie...
—En la puerta que está a mis espaldas, Mars —señaló Glynnis.
Drake frunció el ceño. Había, en efecto, otra puerta en la cámara de motores, pero estaba cerrada.
—Suélteme, por favor —pidió.

Llevaba a la cintura el cuchillo que había cogido antes y, apuñándolo con mano firme, avanzó hacia aquella puerta, que abrió de golpe con la mano izquierda.

Al otro lado había una bodega repleta de ciertos materiales que asombraron a la joven.
—No hay nadie, Glynnis —dijo él, tras una rápida imploración.
—Pero yo lo vi... Estoy segura, Mars.
—Es evidente que hay una persona viva a bordo, aunque tengo la impresión de que sólo se limita a vigilarnos, sin tener intenciones de causarnos ningún daño. Lo mejor será que nos despreocupemos de ese desconocido. Cuando él quiera darse a conocer, ya lo hará, créame.

—Espero que no nos ataque durante la noche —dijo Glynnis.
—Nos situaremos en un punto en que no pueda atacarnos fácilmente, aunque estemos dormidos. Voy a buscar las colchonetas...
—Mars, ¿qué son esas piedras? —preguntó ella, intrigada con lo que había visto en aquella bodega.
—Lastre, sencillamente. La goleta no lleva ninguna carga flotaría demasiado, con la consiguiente pérdida de estabilidad.

—Comprendo. —Glynnis meneó la cabeza—. Un cargamento de piedras..., no debe de ser muy productivo, ¿verdad?
Drake sonrió.
—Debe de haber unas doscientas o doscientas cincuenta ancladas. Pero, si es cierto lo que se rumoreaba de la Ampziryte, ese lastre me parece algo muy lógico. La carga real debía de pesar poquísimo.
—¿Qué se rumoreaba de este barco, Mars? —quiso saber Glynnis.
—Contrabando —respondió Drake escuetamente.

Era ya de noche cerrada. Drake había trincado el timón, asegurándolo bien para evitar errores de rumbo, aunque sabía que no podría hacer nada hasta que hubiese luz suficiente con el nuevo día. Pendiente del palo mayor, había colgado un farol de petróleo, que proporcionaba luz suficiente a la cubierta de popa.

Habían comido satisfactoriamente y la cerveza, aunque tibia, había servido para aplacar su sed. Glynnis quiso que las dos colchonetas estuviesen juntas.
—Se fía de mí —sonrió Drake.
—Usted es un caballero —respondió ella—. Pero yo sabría defenderme en caso necesario, aunque pienso que no será usted precisamente el que me ataque..., si es que hay alguien que quiera intentarlo.
—¿Quién, Glynnis?
—El fantasma que hay a bordo, Mars.
—El fantasma... —Drake frunció el ceño—. ¿Conoce la leyenda del «Buque Fantasma»? O, dicho con otro nombre, del «Holandés Errante».

—Sí, conozco la leyenda. El capitán que, por blasfemo e impío está condenado a intentar eternamente doblar el Cabo de Hornos, sin conseguirlo jamás. Pero la Amphitryte no es precisamente ese buque fantasma. Aunque lo parece ¿verdad.'
—Era un barco de contrabandistas, ocultos bajo el disfraz de pescadores. Algo sucedió que causó una tremenda mortandad entre la tripulación, pero tengo la impresión de que el barco no ha estado navegando durante todo este tiempo.

—¿Por qué dice eso, Mars?
—He examinado las amarras, tanto de proa como de popa Están rotas, pero no cortadas, lo que significa desgastadas por el tiempo. He podido ver también, inclinándome mucho sobre la borda, gran cantidad de algas y moluscos adheridos al casco. ¿Sabía que eso puede reducir hasta un treinta por ciento la velocidad de un barco?
—Hay que hacer lo que se dice limpiar fondos, ¿no.
—Cierto Es preciso llevar el barco a un dique seco, pero, volviendo a lo que decía... Tengo la impresión, casi absoluta seguridad, de que la Amphitryte ha permanecido amarrada durante todo este tiempo en algún lugar. Luego, los cabos de
amarre se pudrieron, la nave se soltó y empezó a navegar por sí misma, hasta que la encontramos nosotros.
—¿Dónde pudo estar, Mars?
—Si los tripulantes se dedicaban al contrabando, en un fondeadero secreto, sólo de ellos conocido. Entonces, sobrevino una discusión o tal vez se produjo una rebelión, acaso por el reparto del botín, y murieron todos.
—Lo he visto examinando el diario de a bordo. ¿Menciona algo sobre el particular?
—Creo que el capitán no tuvo tiempo de hacer la anotación correspondiente. Además, uno no se puede fiar del cuaderno de bitácora de una nave como la Amphitryte.

Probablemente, las anotaciones sobre el destino y el rumbo son falsas. Quizá haya en alguna parte unas notas con los datos exactos, pero no he podido encontrarlas. En todo caso, lo dejo para las autoridades- del puerto al que lleguemos.
—Sí —suspiró ella—, será lo mejor. —Se acomodó en la colchoneta —. Buenas noches, Mars.
—Buenas noches, Glynnis.

Al cabo de unos momentos, Drake sintió que la mano de Glynnis rozaba la suya. Ella buscaba aquel contacto confortador para alejar sus temores, se dijo. Oprimió suavemente a mano fina y delicada y Glynnis respiró larga y acompasadamente.

Se preguntó por qué volaba sola en una avioneta. ¿Adónde iba? ¿Por qué no quería regresar a Acaldo?

Al fin, acabó por caer en un profundo sueño, totalmente relajado y seguro de que tenía la salvación a un par de días de distancia. Entonces podrían dar por acabadas sus tribulaciones.

Mucho más tarde, una sombra misteriosa se deslizó silenciosamente

por la cubierta. El hombre se inclinó hacia los durmientes, sin que éstos se percataran de que estaban siendo observados.

Al cabo de unos momentos, el hombre se acercó al timón contempló el compás. Luego, sin hacer el menor ruido, destrincó la rueda y la hizo girar muy despacio, hasta que la aguja señaló otro rumbo.

Entonces, puso las amarras de nuevo y, tan fantasmalmente como había aparecido, se alejó, fundiéndose con la niebla que todavía envolvía a la Amphitryte.

* * *

Drake despertó tras una noche de sueño ininterrumpido, sintiéndose notablemente mejor. Bostezó, estiró los brazos, abrió los ojos y entonces se dio cuenta de algo que le hizo lanzar un grito de alegría:
—¡Glynnis, despierta! ¡Ha salido el sol! ¡Se ha ido la niebla por completo!

La joven se sentó en la colchoneta, mirando con ojos incrédulos. El sol, aunque todavía muy bajo, brillaba en todo su esplendor y el mar, agitado apenas por diminutas olas, parecía un espejo de resplandeciente color azul.

En el cielo no había ninguna nube. Drake se puso en pie de un salto y contempló el velamen que restaba en los palos.
—El viento no es muy fuerte, pero será suficiente para llevarnos a buen puerto —dijo, exultante de optimismo.
—Eso es estupendo —dijo Glynnis. Se atusó el cabello con una mano —. Debo de ofrecer un aspecto horrible —aña dio sonriendo.
—La apariencia personal es algo que no debe preocupar nos —contestó Drake—. Voy a echar un vistazo al compás, Glynnis.
—En la cámara del capitán hay un pequeño cuarto de baño —manifestó la joven—. Luego me ocuparé del desayuno.
—Está bien, Glynnis.

Drake se acercó al timón. Casi en el acto, emitió un grito de extrañeza.
—¿Qué diablos sucede aquí?
Glynnis había descendido ya al combés y se volvió al oír la exclamación del joven.
—¡Mars!
Drake la miró fijamente.
—La aguja marca un rumbo distinto del que señalaba ayer —dijo.
—¿Estás seguro?
—Totalmente. Ayer señalaba el rumbo Noroeste, dos cuartas al Norte.

Ahora está orientada hacia el Sudoeste exactamente.
Inclinándose, examinó los nudos de los cabos que trinca-san la caña.
—«El» ha estado aquí —añadió con dramático acento.
Glynnis sintió un escalofrío.
—Estábamos dormidos. No nos enteramos de nada —dijo.
—Pero, al menos, sabemos con certeza una cosa: no tiene intenciones hostiles contra nosotros. Nada más fácil para él que degollarnos mientras dormíamos...

Drake se interrumpió bruscamente. Sus ojos estaban fijos si el pequeño mástil que sobresalía de la borda de estribor, pero por la parte de afuera, subiendo y bajando lentamente al compás del escaso débil oleaje que se producía en aquellos comentos.

Glynnis volvió la cabeza y emitió una ligera exclamación de asombro. Casi en el mismo momento, se produjo fuera de a Amphitryte una explosión de gritos de júbilo.
—¡La hemos encontrado, muchachos!
—¡El tesoro de la Amphitryte es nuestro!
—¡Al asalto! Nos haremos ricos...

Apenas unos segundos después, vieron varios pares de malos que se aferraban a la borda. Luego, una colección de los opos más estrafalarios que ninguno de los dos había visto jamás, aparecieron ante sus ojos, al saltar a cubierta.
Eran seis en total y entre ellos figuraba una mujer. La sorpresa de los recién llegados al encontrarse con la pareja, no fue menor.

Todos iban armados con uno o dos revólveres al menos y dos portaban sendas metralletas.

Durante unos segundos, los dos grupos se contemplaron con recíproco estupor.
Uno de los asaltantes fue el primero en reaccionar.
—¡Jefe, están aquí! —gritó—. Ya son dos tesoros los que tenemos ¿no te parece?
Pero, eso sí, habremos ¿cuándo empezamos

CAPITULO IV

Un hombre y una mujer se adelantaron al mismo tiempo. El era de mediana estatura, fornido, de ojos negros y cejas muy espesas, con barba negra, recortada, y nariz ganchuda. Ella era alta, de cuerpo opulento, cabellos rubios y mirada dura y hostil.

—Soy Burt Caledon —se presentó él—. Mi..., segundo en el mando, Sara Morris.
—Dios mío —musitó Glynnis, que había corrido a situar se junto a Drake—. Los piratas de Caledon...
—Es una suerte que los hayamos encontrado aquí —sonrió el hombre —. ¿No te parece, Sara?
—Creíamos haberlos perdido, pero están a bordo del barco y nos reportarán un buen botín —dijo Sara sonriendo malignamente—. Usted es Mars Drake y ella es Astrea Fordwill ¿no es así?
Drake sintió una enorme extrañeza al oír el segundo nombre. ¿Acaso había estado utilizando Glynnis un nombre falso hasta aquel momento?
—Si no le importa, señora —dijo la joven—, prefiero no contestar
—Bueno, no importa. Lo que realmente interesa es lo que podamos conseguir de ti. Y de ti también —respondió la mujer, señalando a Drake.
—¿Puedo preguntarle qué piensan hacer con nosotros, señor Caledon? —dijo el joven, ignorando deliberadamente a Sara Morris.
—Lo sabrán muy pronto —respondió el interpelado—. De delgado, casi esquelético, de rostro chupado un paso adelante, inclinó levemente momento, no sufrirán ningún daño de mantenerlos bajo vigilancia...
—Jefe —gritó uno de los piratas-i buscar el tesoro del barco?
—Aguarda un momento, Jasper —dijo Caledon. Sonriendo burlonamente, añadió—: Creo que a nuestros huéspedes les gustaría que hiciera las presentaciones adecuadas.

Volviéndose ligeramente, señaló al último que había hablado.
—Jasper Reinen, un experto en electrónica, radio, explosivos, ordenadores y todo lo que quieran imaginar. Jasper, saluda, hombre.
Reinen era alto, delgado y con barba rara. Volvió la cabeza y sonrió.
—Celebro conocerlos —dijo.
—Otto Kraffer, el mejor navegante que he conocido jamás —continuó Caledon—. El nos ha traído hasta aquí y nos llevará hasta... el lugar donde pensamos desembarcar.

Kraffer tenía unos cincuenta años, era muy bajo pero todavía

tremendamente robusto, con la fuerza de un Hércules. Hizo un gesto con la mano y se apartó a un lado.
—Caius Leech, el hombre para todo el grupo —dijo Caledon—. Lo mismo prepara un menú digno de Lúculo que —rape el cuello a un entrometido, sin más que sus manos.

Era un sujeto de piel como el betún, de dos metros de iliura y completamente afeitado, de barba y cráneo. Sus dientes resplandecieron al sonreír.
—A veces preparo niños en barbacoa —dijo riendo desaforadamente —. De seis meses, están tiernísimos, oigan.

Estalló una atronadora carcajada. Caledon hizo un ademan
—No le hagan caso; le gusta impresionar a la gente —exclamó con fingida benevolencia—

El último, por ahora, es Tommy Beamis, un «virtuoso» de la metralleta. Puede dibujar sus iniciales con balas, a cincuenta metros de distancia sin que haya más de un centímetro de separación entre cada impacto.
—¿Qué tal? —saludó Beamis ufanamente.

—Bien, ahora que ya nos conocemos todos y aunque todavía falta otro, vamos a empezar a trabajar en lo que nos ha traído aquí —continuó Caledon—. Por el momento, ustedes deberán permanecer encerrados. Más tarde explicaremos con todo detalle lo que pretendemos de los dos.

Drake se dio cuenta de que Sara Morris lo miraba con cierta insistencia. Era una mujer guapa, de poco más de treinta años y, no hacía falta ser demasiado inteligente para advertirlo, con una gran experiencia sobre todos los temas de la vida.
—Caius, encárgate de ellos —dispuso el jefe.
—Está bien —contestó el gigantesco hombre de color.
Se acercó a la pareja, pero Drake agarró el brazo de la joven y la empujó hacia adelante.
—Iremos sin resistencia —dijo.
—Así me gusta —contestó Leech, enseñando su dentadura de nieve.

—¡Otto, asegura bien las amarras de la motora! —grito Caledon—. Luego ocúpate del motor de la goleta. Hout podrá ayudarte también si acaba con lo suyo.
—Entendido, jefe —respondió Kraffer—. La amarraré a popa, porque es lo mejor...
—Haz lo que quieras. Tuya es la responsabilidad del gobierno del

barco. Tommy, échale una mano.
—De acuerdo —respondió Beamis—. Aunque esa maldita lancha es un cascajo...

Glynnis y Drake fueron encerrados en la cámara del capitán Al quedarse solos, ella se volvió hacia el joven.
—Mars ¿qué va a ser de nosotros? —exclamó aprensivamente.
—No tengo la menor idea, aunque, por el momento, van a respetar nuestras vidas. Pero si intentan hacernos daño, será cosa de defenderse. No pienso dejarme matar como un borrego —contestó él firmemente.
Glynnis lo contempló unos segundos. Drake era alto, aunque no se podía comparar con Leech, ni siquiera con Reinen, pero se lo advertía fornido y musculoso y, sobre todo, inteligente. Confió en él para salir con bien del inesperado trance en que se hallaban.
—Te ayudaré en lo que pueda —dijo, mirándolo de frente.
—Gracias. Y ahora, perdona la curiosidad, pero he oído que te aplicaban otro nombre, Astrea Fordwill. Me suena, aunque no recuerdo dónde lo he oído anteriormente. ¿Cuál s tu nombre verdadero?
—Perdona, pero no puedo contestarte por el momento. Continúa llamándome Glynnis, ¿quieres?

Drake se encogió de hombros.
—A tu gusto —respondió. Ella debía de tener poderosos motivos para no dar una respuesta clara, pero era algo que so debía quitarle el sueño, se dijo.

Había cosas más importantes a bordo de la Amphitryte que una supuesta falsa identidad y, era lo único realmente importante.

* * *

Otto Kraffer trepó a bordo de la goleta, seguido de Beamis y se acercó a Caledon, situado en las inmediaciones del timón.
—Hout sigue con el motor de la lancha. Dice que no quiere subir mientras no lo deje en perfectas condiciones —informó—. Si te parece, yo me ocuparé del motor auxiliar de la Amphitryte.
—Está bien —respondió Caledon—. Procura tener todo esto cuanto antes. La corriente es muy fuerte y nos hace derivar a alta mar. Conviene que regresemos a puerto cuanto antes.
—Con el botín —sonrió Beamis.
—Los otros ya están buscándolo —dijo Caledon.
—Me uniré a ellos —declaró Beamis, mientras Kraffer se metía por la escotilla que conducía a la cámara de motores.

Los ojos de buey de la cámara del capitán estaban abiertos. Aunque sentados, Drake y Glynnis podían oír perfectamente lo que se decía en el exterior. Drake se levantó a poco situándose junto a una de las lucernas, trató de ver lo que acedía en el exterior.

Sara se acercó a Caledon. La mujer llevaba un largo cigarro sujeto con los dientes. Caledon le dio fuego y ella, después de aspirar unas bocanadas de humo, preguntó:
—¿Qué hacemos con los prisioneros, Burt?
—Hay tiempo de resolver su situación —respondió el aludido—. No olvides, además, que nos van a proporcionar un buen montón de pasta.
—Tendremos que esconderlos bien, donde nadie pueda localizarlos.
—Eso corre de mi cuenta, pequeña, no te preocupes. ¿Han encontrado algo los muchachos?
Sara hizo un gesto negativo.
—Están revolviéndolo todo. Debe de estar muy bien escondido. A fin de cuentas, es algo que cabe en el hueco de una mano.
—Sí, pero vale una millonada. Y aunque a bordo sobran los escondites, acabaremos por encontrarlo.
—¿Quieres que hable con los prisioneros, Burt?
—No, aguarda un poco todavía. No tenemos prisa. Antes quiero tener todo listo. No me gustaría volver navegando a la vela solamente, ¿comprendes?
—Muy bien, como digas.
Drake se separó de la ventana y se sentó en un angosto diván junto a la muchacha.
—Parece que nos van a mantener secuestrados durante un tiempo. Quieren pedir rescate por nosotros —dijo.
Glynnis abrió mucho los ojos.
—¿Un... rescate?
—Eso he podido deducir —contestó él.
De pronto, Glynnis se puso una mano en la boca. Drake, estupefacto, se percató de que ella hacía verdaderos esfuerzos para no reír.
—Pero ¿qué diablos te sucede? —exclamó, indignado—. Estamos secuestrados, van a pedir un rescate por nosotros; si no lo consiguen, nos matarán..., y todo lo que se te ocurre es echarte a reír. No lo entiendo, te lo digo sinceramente.
Ella puso una mano sobre el brazo del joven.
—Perdona —dijo—. No quise ofenderte..., pero, insisto, por ahora no puedo decirte nada más. Espera, te lo ruego.

—Bien, si tanto importa para ti callar ciertas cosas, no asistiré más —respondió Drake.

Kraffer subió a cubierta poco más tarde.
—Vamos a tener problemas, jefe —dijo—. El motor está insolutamente inservible. Faltan algunas piezas y otras están destrozadas de forma irreparable. Los repuestos no son suficientes, de modo que tendremos que apañárnoslas como podamos con las velas.
Caledon lanzó un atroz juramento. A su lado, Sara hizo 3 gesto.
—Otto, tú sabes navegar a vela —dijo.
—Claro, es mi oficio —contestó Kraffer orgullosamente—. Hubo un tiempo en que mandaba un velero de tres palos, mucho mayor que este miserable balde.
—Sí, claro, cuando eras capitán de la Marina mercante de su país y enseñabas navegación a los aspirantes —dijo Cale-±¡n cáusticamente —. Pero de eso han pasado ya diez años, ce parece.
—Lo que se aprende bien, jamás se olvida —exclamó Kraffer herido en su dignidad—. Descuida, pondré esta goleta en condiciones de ganar una regata oceánica si se tercia.
—Con que lleguemos a puerto sin inconveniente me basta Vamos, muévete y pide toda la ayuda que necesites. Seguiremos buscando cuando hayamos establecido el rumbo.
—Está bien, jefe.

Sara, con aire indiferente, estaba acodada en la borda de ropa. De repente, al mirar hacia atrás, vio algo que le hizo lanzar un chillido.
—¡ Burt, la motora se queda atrás!

Caledon giró en redondo y emitió una atroz blasfemia. La motora se hallaba ya a unos treinta metros de la goleta y, aunque con gran lentitud, las distancias respectivas se acensaban sin cesar.
—¡Maldita sea, Otto! —aulló—. Te dije que asegurases bien el cabo de remolque.
—Y lo hice. Y Hout Worr me ayudó y puedo garantizarte

Caledon se acercó a la borda y, haciendo bocina con las | ásanos, lanzó un poderoso grito:

—¡Eh, Hout! ¿No has reparado todavía ese condenado motor? La amarra se ha soltado y corres el peligro de perderte de nosotros.
—Y de perder algo más —dijo Sara irónicamente.

Kraffer tenía el ceño fruncido. Podía ver en la lancha la silueta de un hombre, apoyado en la borda de babor, en una actitud muy extraña. De repente, se inclinó, sacando medio cuerpo fuera, tiró de un cabo y lanzó una exclamación:
—¡Burt, el cabo de remolque está cortado limpiamente! No se soltaron

los nudos, como creías. Alguien lo ha cortado...

—¿Quién demonios ha hecho una cosa semejante? —bramó Caledon.

Inesperadamente, el hombre que estaba junto a la borda, cayó al agua, a consecuencia de un ligero bandazo de la embarcación.

—Estará borracho —dijo Caledon con un rugido.

—Hay que salvarlo —gritó Leech, que acababa de unirse al grupo.

Y empezó a quitarse los zapatos, para saltar al agua, pero en aquel momento se vio una cosa negra, triangular, que cortaba el agua con escalofriante velocidad.

—¡Quieto ahí, Caius! —ordenó Caledon.

Con ojos morbosamente fascinados, contemplaron todos la aproximación del tiburón. Leech gruñó una imprecación:

—¿Por qué no hace nada? ¿Por qué diablos se queda quieto, como un estúpido?

Sara disponía de unos prismáticos, con los que observaba la escena, cuando vio algo que la hizo sentirse terriblemente extrañada.

—¡Burt, tiene un cuchillo clavado en el pecho!

En el mismo instante, el escualo se abalanzó sobre su presa. Sara, mareada, se apartó a un lado. Las aguas azules tomaron bien pronto un siniestro color rojizo.

Más tiburones acudieron al festín. Caledon, dándose cuenta de que ya no se podía hacer nada por Worr, se volvió hacia Reinen.

—Jasper, es preciso botar una lancha y alcanzar la motora a fuerza de remos. La máquina está bien, a pesar de la avería, pero podemos repararla.

Reinen no contestó. Lentamente, alzó el brazo y tendió la mano hacia la motora, que se hallaba ya a más de setenta metros.

—Es inútil, jefe —dijo—. Mire bien lo que está pasando.

Caledon fijó la vista en la motora, de cuya popa empezaban a brotar unas llamitas anaranjadas, pálidas a causa del intenso resplandor solar. Un minuto después, la embarcación era una masa de fuego, de la que se desprendía una negra humareda que subía a las alturas casi verticalmente.

—Pero ¿qué diablos está pasando aquí? —exclamó Cale don, completamente desconcertado.

Nadie supo contestar a su pregunta.

CAPITULO V

Drake había estado oyendo todo lo que sucedía, atraído por los gritos y las imprecaciones, y cuando volvió el silencio, se sentó una vez más junto a Glynnis.
—Ha muerto uno de ellos —dijo.
—Mars ¿qué pasa a bordo de este buque? ¿Hay un fantasma que se venga de sus tripulantes?
Drake meneó la cabeza. Los esqueletos habían desaparecido sucesiva y misteriosamente antes de la llegada de los piratas. Había un ser misterioso a bordo, cuya identidad se sentía incapaz de adivinar.
—No puedo responderte —dijo, pasados unos segundos—. Lo cierto es que alguien cortó las amarras de la lancha en que llegaron Caledon y su banda, mató al tripulante que reparaba el motor y luego preparó el fuego que la ha destruido por completo. No pueden reparar el motor de la Amphitryte, aunque uno de ellos, parece, ha sido capitán de la Marina mercante y conoce perfectamente la navegación a vela. Nos llevarán a algún puerto, donde, seguramente tendrán cómplices; después nos retendrán bien ocultos, hasta que cobren el rescate...
—¿Puedes pagarlo, Mars?
-¿Y tú?

Una indefinible sonrisa se dibujó en los labios de la joven. Iba a decir algo, pero, en aquel momento, se abrió la puerta de golpe.
Caledon y Sara Morris irrumpieron en la cámara. El primero metió los pulgares en el cinturón. Sara quedó apoyada en la puerta, con un cigarro humeante sujeto por los dientes.
—Es preciso que hablemos —dijo Caledon.
—Los escuchamos —respondió el joven serenamente.

Caledon metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un papel, que desdobló con lentitud.

—Mars Whittington Drake, de los «Drake Navyyards», de Grotton, Connecticut, donde se construyen barcos muy especiales para la Armada yanqui. Una empresa muy próspera de elevados rendimientos, de la que usted es uno de los principales accionistas y, casi, casi, el ejecutivo más importante, además de ingeniero proyectista. ¿Me equivoco?
—Acierta —dijo el aludido sin pestañear.
—Gracias. —Caledon siguió leyendo—. Astrea Fordwhill, rica heredera, ociosa, sin nada más que hacer que gastar el dinero del buen papá. Es también una afamada deportista: pilota aviones, incluso

reactores; practica el esquí con técnica de campeona olímpica y hasta, en cierta ocasión, participó en las «500 Millas» de Indianápolis, aunque sin demasiada suerte, todo hay que decirlo. ¿Correcto, miss Fordwill?

—Si usted lo dice... —contestó Glynnis con indiferencia.
—Bien, para su conocimiento, deben saber que las averías de su lancha y de su avión, respectivamente, no obedecieron a causas fortuitas. Es un poco largo de explicar, pero ya les presenté a Jasper Reinen, el mago de la electrónica, quien lo preparó todo para que se produjeran los fallos a determinada distancia de la costa. Ciertamente, no habíamos calculado la casi absoluta simultaneidad de los hechos, pero sabíamos con notable aproximación, el punto donde debíamos encontrarlos.
—Eso significa que estuvieron espiándonos durante días en Acaldo —dijo Drake.
Caledon sonrió burlonamente.
—Cuando alguien espera lo que nosotros vamos a conseguir, tiene que asegurarse bien de que no fallará el golpe —respondió—

Pero sigamos. Ya conocen la forma en que se quedaron en alta mar, usted, señorita Fordwill por la caída de su avión, aunque, si he de ser sincero, no contábamos con la niebla, que nos impidió capturarlos en el momento deseado. Pero, en fin, los tenemos con nosotros y eso es lo que importa.
—¿Cuánto, por favor? —preguntó Glynnis.
Los ojos del pirata despidieron un chispazo de codicia.
—Un millón cada uno. Sus respectivas familias pueden pagar el rescate y lo pagarán —respondió con un acento que no admitía dudas.
Drake se volvió hacia la joven.
—¿Valemos tanto? —sonrió.
—Eso parece —contestó ella—. ¿Adónde nos llevan, por favor? —inquirió.
—No les revelaremos el escondite, pero puedo afirmarles j dos cosas: sus familias pagarán o ustedes morirán. Y les aseguro que no bromeamos.
—Creo que pagarán —dijo Drake sin perder la presencia de ánimo.
—Muy bien, ya lo saben todo. ¿Nos vamos, Sara?
—Olvidas algo, Burt —dijo la mujer, sin quitar la vista de Drake.
—Oh, sí, qué memoria la mía... —Caledon se pegó una palmada en la frente—. Como sus familias pueden resistirse a pagar el rescate, creyendo que se trata de un engaño, les enviaremos el dedo meñique izquierdo de cada uno de ustedes. Pero no se preocupen: no los

haremos padecer antes de tiempo. Sólo se los cortaremos cuando ya estén en..., el escondite. Buenos días —se despidió finalmente el pirata.
Sara se despegó de la puerta, sacando mucho el busto opulento. Miró una vez más al joven y luego salió de la cá mará, junto con Caledon.

* * *

Al quedarse solos, Drake lanzó un silbido.
—Un millón —dijo—. No es una minucia, ¿verdad, Glynnis?
Ella tenía los labios prietos.
—Mars ¿es posible que hablen en serio?
—Conociendo la fama de Caledon, no lo dudo en absoluto. Harán lo que han anunciado.
—Es decir, matarnos si no se paga el rescate.
—Exactamente.
—Pero antes... —ella se miró la mano izquierda aprensivamente—. ¿Dolerá mucho, Mars? —preguntó con acento temeroso.
—No resultará agradable —respondió Drake—. Pero todavía estamos en alta mar y, calculo, ya a más de cien millas de la costa. En el peor de los casos, tenemos veinticuatro horas largas antes de llegar a tierra firme.

Poniéndose en pie, se acercó a un tragaluz.
—Ahora empiezan a preparar el velamen. Tendrán que comprobar los cabos, las drizas, la motonería... Sólo hay un experto y, aunque indique a los demás lo que deben hacer, los otros no tienen la menor idea de lo que es envergar unos mástiles.
—Bien, entonces, pensemos en cuarenta y ocho horas. ¿Se te ocurre algo, Mars?
Drake se volvió hacia la joven.
—¿Por qué no eres sincera conmigo? ¿Temes que te delate?
Glynnis pareció sentirse incómoda y bajó la mirada.
—Es que..., no soy Astrea Fordwill —confesó.
Hubo un instante de silencio. Drake la miraba fijamente y ella se dio cuenta de que esperaba una aclaración sobre su respuesta.
—Lo siento —dijo Glynnis al cabo de unos segundos—. No soy Astrea, aunque tú creas lo contrario. Realmente, soy Glynnis MacRae, pero no puedo demostrarlo porque mi documentación se perdió en el avión. Sin embargo, me niego por el momento a decir nada. No me obligues, te lo ruego, Mars.
—Está bien —respondió Drake—. Creo firmemente que eres Glynnis MacRae y, descuida, cuando estemos con gente delante, te trataré como si fueses realmente Astrea Fordwill.
—No tienes por qué fingir...

—Glynnis, piensa un poco. Si ellos se enteran de que no eres Astrea, de que no van a conseguir un millón por tu rescate, ¿qué crees que harán contigo?
Ella abrió la boca, estupefacta.
—¡Cielos, no había pensado en ello! —exclamó.
—En tal caso, sigue desempeñando el papel de esa rica heredera. Por el momento, es tu seguro de vida.
—En cambio, tú sí puedes pagar el rescate que te exigen.

—No diré que no, pero tampoco me resigno a que unos vividores me roben algo que me pertenece legítimamente —dijo Drake con firmeza —. Puedes creerme o no, pero aunque mi familia siempre estuvo en buena posición económica, yo empecé a trabajar desde abajo, recogiendo tornillos caídos en el suelo del astillero y, además estudiando una carrera. He ganado dinero, cierto, pero lo he sudado.
—Celebro oírte hablar así —sonrió Glynnis—. En cambio, yo...
La joven se interrumpió bruscamente. Drake comprendió que ella no quería seguir hablando de sí misma.
«Debe de tener algún pasaje oscuro en su vida, pero no parece mala chica y, qué demonios, cualquiera puede come ter un error», pensó.
Asió la mano de Glynnis y le dio unas cuantas palmaditas para tranquilizar su ánimo.
—Todo saldrá bien, ya lo verás.

* * *

La puerta se abrió una hora más tarde. Leech, el gigantón de color, apareció con una bandeja en las manos.
—Comida —dijo, enseñando su nívea dentadura—. El jefe quiere que se conserven bien.
Dejó la bandeja sobre la mesa y se retiró.
—Debemos alimentarnos, Glynnis —aconsejó Drake—. No comer significa pérdidas de energías y debemos mantenerlas intactas para cuando llegue el momento.
—¿Qué momento, Mars? —preguntó Glynnis.
Drake levantó la mano izquierda.
—Ni en sueños voy a dejar que me corten el meñique —replicó con enérgico acento.
Fuera continuaban los trabajos de colocación de las velas. A media tarde, alguien se asomó a la cámara.
Era Kraffer.
—El jefe dice que usted sabe navegar a vela —manifestó.
—Un poco —repuso el joven cautamente.
—Venga a ayudarnos.
Drake dudó un segundo. Podía negarse, pero no le convenía. Ere

preciso evitar situaciones de violencia mientras no fuese absolutamente necesario.
—Está bien. —Se levantó y caminó hacia la puerta—. Hasta luego, Glynnis.
—Ella puede salir a tomar un poco el aire en cubierta —dijo Kraffer.
—Me sentará bien —sonrió la muchacha. Drake trabajó activamente, sin mostrar la menor renuncia a obedecer las órdenes de Kraffer. Este, apreció, contaba ya cincuenta años. Se preguntó qué habría hecho para ser expulsado de la Marina mercante de su país.
La vida situaba a veces a las personas en circunstancias poco agradables, pensó. Pero también era preciso tener en cuenta que cada persona era dueña de su destino. Y Kraffer no parecía más benévolo que los restantes piratas.

Al hacerse de noche, volvieron a servirles la cena. Se habían encendido unos faroles, pero estaban situados muy bajos, casi a ras de suelo, a fin de que no se vieran desde lejos. Drake observó la ausencia de las luces de posición.
Ya habían colocado un par de foques y la cangreja de mesana. Al día siguiente, aseguró Kraffer, estarían enverga das las restantes velas.
—De todos modos, aunque sea con este poco trapo, podemos gobernar hacia...el puerto de destino —dijo satisfecho.
—Habrá que montar turnos de guardia en el timón —sugirió Caledon.
—Yo fijaré el rumbo y haré la primera guardia —declaró
Kraffer—. A la una de la madrugada, me envías el relevo y le diré lo que tiene que hacer para mantener el rumbo correcto.
—Está bien.

Drake volvió a su encierro. Desde allí, él y Glynnis oyeron gritos, risas y canciones.
—Han encontrado licor —adivinó la muchacha. —Sí, había algunas botellas en la bodega. No se podía esperar otra cosa de unos tipos como los que nos retienen prisioneros —respondió él.

—Me encuentro cansada —dijo Glynnis—. Han sido demasiadas emociones en un solo día.
Drake señaló la única litera.
—Acuéstate —dijo—. Yo dormiré en el suelo.
Pero no tenía sueño y dejó que su mente trabajase a pleno rendimiento, buscando el medio de salir de tan poco agradable situación. Una hora más tarde, inesperadamente, se abrió la puerta y el brillante y oscuro rostro de Caius Leech se hizo visible.

—Venga conmigo —dijo en voz baja, al percatarse de que Glynnis estaba profundamente dormida.

Drake se puso en pie. En compañía del gigante, salió a la cubierta. Unos pasos más adelante, Leech señaló una puerta. ¡

—Entre ahí —dijo.

Drake, desconcertado, pero curioso, abrió la puerta. Ha bía un farol con la mecha reducida al mínimo y los ojos de buey tenían corridas las cortinas, a fin de evitar que saliera la luz al exterior.

Leech cerró a sus espaldas. Drake miró fijamente a la hermosa mujer que estaba tendida sobre una litera, cubierta hasta la barbilla por una manta.

—Quiero hablar contigo —dijo la mujer.

Drake hizo una cortés reverencia.

—Estoy a su disposición, señora —respondió.

CAPITULO VI

Sara hizo un ademán.

—Hay poca luz. Aviva la mecha —ordenó.

Drake hizo lo que le decían. Ella se puso un cigarro entre los dientes.

—¿Tienes fuego?

Drake descolgó el farol. Sara se irguió un poco, sujetando la ropa con la mano izquierda. Después de lanzar una boca nada de humo, miró al joven.

—¿Conocías a la chica?

—No. Nunca la había visto hasta ahora.

—Pero tú eres un hombre rico...

—Vivimos en dos ciudades distintas y bastante alejadas entre sí. Los negocios del padre de Astrea no son los mismos que los nuestros. Y no es la única rica heredera de los Esta dos Unidos a quien no conozco.

Sara soltó una risita.

—Una buena respuesta —admitió—. ¿Qué opinas de nosotros?

—En Acaldo oí rumores. Muy vagos, nada concreto.

—Ahora has podido conocernos un poco.

—Cierto.

Ella volvió a lanzar humo al aire.

—Este será un buen golpe —dijo—. ¿Sabías que en algún lugar de la Amphitryte hay un tesoro que cabe en las dos manos y vale, al menos, cinco millones de dólares.

—No tenía la menor idea —replicó él—. ¿Droga?

Sonó una fuerte risotada.

—Da dinero, pero también muchos disgustos. Lo otro es menos comprometedor.

«Cabe en las manos..., piedras preciosas, seguramente», pensó Drake.

—Hace años oí algo sobre la desaparición de esta goleta. Pero no me fijé demasiado en los detalles —manifestó.

—Había una tripulación que buscaba cierto tesoro, lo encontró y luego desapareció —dijo Sara—. Es una lástima que no quede ningún superviviente. De lo contrario, lo obligaríamos a hablar.

«¿Está a bordo ese superviviente?», se preguntó Drake.

—Cinco millones, más dos de nuestro rescate, suman siete. ¿Uno por barba?

—Ese es el trato. Así podremos retirarnos para siempre de los... negocios.

—Ha muerto uno. Su parte tendrá que ser dividida entre los seis restantes.

—Tú eres ingeniero. ¿Cuánto nos tocará a cada uno de ese millón?
—Ciento sesenta y seis mil dólares, con sesenta y seis centavos —contestó Drake rápidamente.
—Chico, pareces una computadora —exclamó ella, admirada—. ¿Te has acostado con Astrea? —preguntó de sopetón.
—No hemos tenido tiempo de pensar en ello —replicó Drake con naturalidad.
—Pero lo harías si pudieras...
Drake prefirió guardar silencio. Lenta, pero incesantemente, Sara estaba descubriendo el cuerpo, hasta quedar sin ninguna ropa encima. Drake apreció su total desnudez.
Sara sonrió provocativamente.
—Entonces, corro no has gastado energías con la chica, ven aquí —dijo—. Siempre he tenido ganas de hacer el amor con un auténtico millonario y ahora voy a conseguir que se haga realidad ese sueño.
Drake retrocedió, con la repugnancia pintada en su rostro.
—Pero ¿no se lo ha dicho Caledon? —exclamó.
—¿Qué tenía que decirme? —preguntó Sara, desconcertada.

—Hombre, como él aseguró que estaba tan bien informado acerca de mí... Yo pensé que lo sabría...
—¡Por todos los diablos! —barbotó ella exasperadamente—. ¿Qué es lo que tenía que saber Caledon?
—Bueno, no sé cómo expresarme... Te... tengo... —Drake fingió estar avergonzado de sí mismo—. Soy alérgico a las mujeres. Lo siento, no lo puedo remediar, señora.
A Sara casi se le cayó el cigarro de la boca. Después de sujetarlo nuevamente, volvió a taparse.
—Anda, lárgate, miserable —dijo—. Tan apuesto, tan hermoso..., y resulta que eres de la «otra acera».
—Lo lamento, lo lamento...
—¡Fuera de aquí, puerco! —gritó Sara. Luego, entre dientes, agregó —: Tendré que llamar otra vez a ese maldito negro. Tiene mucha fachada, pero se desinfla en menos de un minuto...
Drake salió a cubierta y respiró a fondo el aire del mar. Leech no se veía en las inmediaciones y regresó a su alojamiento sin ser molestado.
Glynnis estaba despierta.
—¿De dónde vienes? —preguntó.
Drake se tendió en el suelo y puso las manos bajo la cabeza.
—Me llamó Sara. Quería saber algunas cosas de los dos. Luego se quitó la ropa.
—¡Atiza! —exclamó la joven, sorprendida—. ¿Qué hiciste tú?
—Le dije que pertenecía a cierta especie de hombres a los que no

interesan las personas del sexo opuesto.
Glynnis se sentó de golpe en la litera.
—¿Es cierto eso, Mars?
Drake volvió la mirada.
—En cualquier otra situación, trataría de demostrarte que sólo he utilizado una mentira para no ceder a los deseos de Sara —contestó.

* * *

Caledon se levantó a poco de haber salido el sol y se pasó una mano por la cara. Tenía sed, no habla agua potable a bordo y empezó a pensar en la conveniencia de alguien intentase destilar un poco de agua del mar, al menos para hacer café y despejar la resaca que le había quedado después de haber ingerido la víspera una botella casi entera de whisky.
Estiró los brazos un poco y salió a cubierta. El sol le dio de lleno en los ojos y torció la cara, guiñándolos al mismo tiempo, para habituarse al fuerte resplandor. Pasados unos momentos, se habituó a la deslumbrante luz exterior y miró a todas partes, sintiendo bajo sus pies el suave balanceo de la goleta.
Miró a todas partes. De pronto, vio algo que lo dejó estupefacto.

La Amphitryte permanecía absolutamente inmóvil en un mar que parecía un espejo. El día anterior habían colocado dos foques y la cangreja del trinquete. Ahora, tanto el bauprés como el trinquete aparecían completamente desprovistos del velamen. El palo mayor, a popa, puesto que la goleta era de dos mástiles, continuaba desnudo.
La rueda del timón giraba lentamente a derecha e izquierda, sin nadie que mantuviese el rumbo. Caledon lanzó una espantosa maldición contra el tripulante que había abandonado su puesto.
—Voy a hacerle pagar caro...
De pronto, se puso a reflexionar. ¿Quién demonios había despojado al bauprés y al trinquete de las velas colocadas la víspera?
—¡Jasper! —aulló—. ¡Otto! —Se dio cuenta de que tal vez los gritos no servirían de mucho y, sacando el revólver de la funda que pendía de su cinturón, disparó tres tiros al aire.
Casi inmediatamente, se produjo una pequeña revolución. Sonaron voces de alarma. Leech apareció, vestido solamente con los pantalones, que se sujetaba con una mano.

Los otros hicieron su aparición sucesivamente, pero con gran rapidez.
—¿Qué pasa? —preguntó Reinen.
—¿Quién nos ataca? —chilló Kraffer.
Sara salió también, vestida con pantalones y el torso desnudo, salvo el sujetador que contenía difícilmente los senos exuberantes. Tenía el

pelo revuelto y la falta de maquillaje en sus facciones no contribuía a favorecerla precisamente.
—¿Te has vuelto loco, Burt? —le apostrofó—. ¿O es que andas cazando gaviotas para el desayuno?
—¡Y un cuerno estoy cazando...! —Caledon hizo un es fuerzo por contenerse—, ¿Es que ninguno de vosotros ha notado nada todavía?
Los piratas empezaron a mirar a todas partes. Súbitamente, Kraffer lanzó una interjección.
—¿Dónde diablos están las velas que montamos ayer?
—Eso es lo que me gustaría saber también —dijo Caledon—. Y ¿no te has fijado todavía en la rueda del timón? ¿Quién gobierna el barco, eh?
Kraffer parpadeó.
—Tommy me relevó sobre la una y le di instrucciones bien explícitas acerca de lo que debía hacer. A las seis, Leech debía tomar la guardia...
—He dormido hasta ahora —declaró el gigantón—. Nadie me ha despertado para ocuparme del timón.
Sara paseó la mirada por todas partes.
—Entonces ¿dónde demonios está Tommy? —preguntó.
—No lo sé —dijo Caledon rabiosamente—. Tal vez se haya emborrachado y esté durmiendo la «mona» en algún rincon. Cuando lo encuentre, le voy a sentar la mano y va a saber lo que sucede cuando alguien incumple mis órdenes..., que no son sino un trato establecido con todos nosotros.
—Estoy de acuerdo contigo, jefe —respondió Reinen—. Hay cosas que no se pueden tolerar en absoluto. Es preciso que ese bastardo reciba un escarmiento general...
—Y ¿qué ha sido de las velas? ¿Adónde han ido a parar? —intervino la mujer.
Kraffer se frotó la mandíbula pensativamente.
—¿No lo habrán hecho los prisioneros?
—¿Qué interés podrían tener en ello? —preguntó Caledon.
—Será mejor que me ocupe del timón. Parece suelto y voy a trincarlo. La goleta parece inmóvil, pero está en la corriente y sigue moviéndose hacia mar afuera. Luego trata remos de envergar el resto de las velas.

—¿Y por qué no las que había? —se extrañó Caledon.
Kraffer señaló un par de cabos que pendían sueltos del mástil.
—Alguien los ha cortado y, es de suponer, arrojó luego las velas al mar. Aunque no hayan pasado más de un par de horas desde entonces, hemos recorrido tres millas o más y... ¿quién vuelve a buscarlas?
—Tienes razón —convino el jefe—. Caius, tráete a los prisioneros.

—Sí, señor.
Drake y Glynnis estaban ya despiertos. Los disparos los habían sobresaltado, haciéndoles levantarse precipitadamente. Desde la cámara, habían podido oír las conversaciones de los piratas. Cuando se enteraron de que iban a buscarlos, Glynnis miró aprensivamente al joven.
—No temas —susurró él—. Todo acabará bien.
La puerta se abrió. Leech hizo un gesto con el pulgar.
—Salgan —ordenó escuetamente.
Drake pasó un brazo por los hombros de la muchacha y salieron a cubierta. Caledon se enfrentó con ellos, los pies separados y las manos en los costados.
—¿Y bien? —dijo.
—Y bien ¿qué? —contestó el joven sin inmutarse.
Caledon señaló el mástil desnudo.
—Me gustaría saber qué has hecho del velamen.
Drake se encogió de hombros.
—No tengo la menor idea. He estado durmiendo toda la noche —contestó—. Lo mismo que ella, claro.
El pirata adelantó el rostro amenazadoramente.
—Si lo has hecho tú, y creo que sí ¿por qué? ¿Temes pagar el rescate? ¿Temes que llegue el momento de cortarte el meñique?
—Ninguna de las dos cosas me hace la menor gracia —dijo Drake sin perder la presencia de ánimo—. Lo que me interesa es acabar cuanto antes esta situación, aunque sea a costa de la pérdida de un dedo.
—Y de un millón de dólares —añadió Sara, sonriendo perversamente.
Drake se encogió de hombros. Caledon prosiguió:

—Estoy convencido de que lo has hecho tú y puesto que querías retrasar el momento de la amputación, yo voy a obrar en sentido diametralmente opuesto.
—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó el joven.
Con sonrisa de demonio, Caledon hizo un gesto.
—Caius, sujétalo —ordenó.
—Con mucho gusto, patrón.
El jefe de los piratas desenfundó un cuchillo. Glynnis, aterrada, se puso una mano en la boca para no gritar.
—Puesto que no querías que te cortase el meñique a la llegada a nuestro escondite, y para ello has tirado las velas al mar, te lo cortaré ahora. Cuando llegue el momento de enviar la carta pidiendo el rescate, te cortaré el otro...
Agarró con la mano izquierda la del joven, mientras Leech sujetaba con firmeza su brazo, y se dispuso a cortar. Repentinamente, Glynnis dio un paso hacia adelante.

—¡No lo haga! —gritó.
Caledon se volvió para mirarla desdeñosamente;
—¿Vas a pagar otro millón más por este dedo? —rió, burlón.
—No, pero quiero evitar que usted lo pierda, al menos, el que cobrará por él.
—No te entiendo, pequeña. ¿Qué es lo que tratas de decirme?
—¡Adelante, corte! No tiene elementos de cura a bordo, nada para desinfectarlo. Puede arrojar licor sobre el muñón, pero ¿tiene gasas estériles? Tarde o temprano, yo diría más bien temprano, sobrevendrá la infección. La gangrena resultará inevitable...
—Antes llegaremos a tierra, muchacha —gruñó Caledon.
—Pasarán, al menos, cuarenta y ocho horas, si no más. Los gérmenes se desarrollan mejor en ambientes cálidos. Cuando lleguemos a tierra, la gangrena se habrá iniciado ya, aunque no se note nada. Luego... ¿le amputará usted el brazo para salvarle la vida? Es posible que la infección haya invadido ya el torrente sanguíneo y que, a pesar de esa amputación, acaba por morir. Reunir un millón de dólares y enviarlos desde los Estados Unidos no será cosa de un día; pueden pasar semanas enteras y...

Glynnis se detuvo, jadeante y sin aliento, sintiéndose incapaz por el momento de encontrar más argumentos. El filo del cuchillo de Caledon continuaba apoyado en la base del meñique de Drake y el pirata la miraba fijamente.
De pronto, Caledon retiró el cuchillo y lo enfundó.
—Me has convencido, pequeña —dijo—. Caius, suéltalo. Llévalos de nuevo a la cámara..., pero escuchen bien los dos: si averiguo que tienen algo que ver con la pérdida de las velas...
Repentinamente, se oyó un grito a popa:
—¡Jefe, Tommy está aquí! —anunció Kraffer.

CAPITULO VII

Caledon echó a correr hacia la popa, seguido de los demás, mientras el gigante de color empujaba a los prisioneros hacia su encierro. Al llegar junto al timón, Caledon miró a Kraffer inquisitivamente.
El sujeto mantenía un cabo con la mano izquierda.
—Está ahí, fuera —dijo—. Colgado de esta cuerda.
Caledon se asomó por la borda. La cabeza de Beamis asomaba apenas fuera del agua.
—¿Por qué diablos no lo sacas? —bramó.
Kraffer le puso la cuerda en las manos.
—Tira tú ¿quieres?
Sara se había unido a ellos también. Sacó el busto fuera y miró hacia abajo.
Caledon tiró de la cuerda para izar el cadáver de Beamis. Inmediatamente, notó el poco peso que había al extremo del cabo.
Hizo otro esfuerzo. Súbitamente, Sara lanzó un horrible alarido.
Estupefacto, Caledon vio que apenas si quedaba de Beamis más que la cabeza y unos informes muñones de los brazos. Faltaba completamente el resto del cuerpo, a partir de los hombros, y se apreciaban claramente las dentelladas de los tiburones que habían devorado con inaudita voracidad la mayor parte del cuerpo.
El horror hizo presa en Caledon, a pesar de ser un hombre avezado a todo, y soltó el cabo. Luego, sacando el cuchillo, cortó la cuerda de un tajo y lo poco que quedaba de Beamis se hundió en el agua.

Sara tenía la mano en la boca, esforzándose para no vomitar. Los ojos de Caledon se inflamaron de cólera.
—Ese maldito Drake...
—El no lo ha hecho, jefe —dijo Leech.
—¿Cómo lo sabes? —barbotó el pirata.
—No puedo asegurarlo. Pero tengo la impresión de que, si quisiera matar a alguien, empezaría por usted.
Caledon reflexionó unos momentos.
—Pero entonces, ¿quién diablos lo ha hecho?
—El mismo que mató a Hout y soltó las amarras de la motora. Es decir, alguien...
—¿Uno de nosotros?
Leech meneó la cabeza vigorosamente.
—No puedo asegurarlo, jefe; quizá me equivoque, pero tengo el presentimiento de que hay alguien a bordo. Alguien que no es ninguno de los dos prisioneros y que, de alguna manera, quiere eliminarnos uno a uno. para quedarse con el tesoro.
—Entonces habrá que buscarlo, ¿no?

—Yo haría otra cosa mejor, si no te importa.
—¿Sí? A ver, dime.
—Es posible que ese tipo ataque a la noche. Soltó la motora de día, porque nos pilló desprevenidos. Pero ahora ya es distinto. Podemos tenderle una trampa y acabar con él.
—¿Qué clase de trampa, Caius?
El gigante levantó los hombros.
—No lo sé..., ahora. Pero podemos pensarlo durante el día ¿no?
Kraffer intervino en aquel momento.
—Mejor que seguir hablando, será ponernos a trabajar. Es preciso colocar las velas que aún quedan o acabaremos perdidos en medio del océano —dijo.
Caledon hizo un gesto afirmativo.
—Está bien, tú te harás cargo de los trabajos. Caius ¿puedes preparar algo para el desayuno?
—Lo intentaré, pero, sin agua potable...
—Voy a ver si encuentro materiales para destilar agua salada —dijo Reinen—. Si no lo consigo, la sed nos va a hacer pasar muy malos ratos. Toda el agua que queda a bordo está horriblemente corrompida y ni siquiera hirviéndola podría aprovecharse.
La reunión se disolvió, no sin que antes Sara formulase una pregunta a Caledon:
—Burt, ya sólo somos cinco. ¿A cuánto tocamos ahora?
El pirata respondió con un bufido.
—No estoy de humor para las matemáticas —respondió de mal talante.

* * *

Drake y Glynnis entraron en la cámara y, apenas se quedaron solos, él la abrazó fuertemente y le dio un beso en la mejilla.
—Gracias..., pequeña —repitió el calificativo de Caledon, a pesar de que Glynnis no era precisamente baja de estatura.
—Acepto tu gratitud, pero no te aproveches de la situación —sonrió ella.
—Dispensa, todavía estoy un poco nervioso.
—Te vi perfectamente tranquilo cuando iban a cortarte el dedo.
—Mantenía el tipo, eso es todo. Por dentro, estaba como un flan en la plataforma de una camioneta rodando sobre una carretera vieja.
—Una descripción muy gráfica —rió Glynnis.
—Lo que tú dijiste acerca de la gangrena no era menos gráfico. ¿Cómo sabes tantas cosas de esa horrible enfermedad?
—Fui enfermera una temporada. Una vez tuve que atender a un pobre desgraciado, que tenía el brazo medio aplastado. Lo curaron mal, por

lo visto, se declaró la gangrena y resultó ya tarde para salvar su vida.
—Eso significa que dejaste la profesión...
—No me gustaba demasiado —respondió ella evasivamente.
—Está bien. De todos modos, me has salvado el dedo. Nunca lo olvidaré, créeme.
En aquel momento, se produjo un terrible alboroto en la popa. Así se enteraron de lo que le había ocurrido a Beamis.
Drake y Glynnis se contemplaron recíprocamente.
—¿Habrá sido «él»? —murmuró la joven.
—No me cabe la menor duda, pero ¿quién es?
—Mars, se me ocurre una hipótesis. Sea quien sea ese fantasma, yo diría que quiere exterminar a los piratas uno por uno. ¿No lo crees así?
—Es muy posible, pero ¿por qué Glynnis?
—Si pudiéramos hablar con él, lo sabríamos...
La joven se interrumpió de repente, con la vista fija en algo que había en el suelo, junto a la puerta del cuarto de aseo.
—Mira, Mars —susurró.
Drake volvió la cabeza y respingó al ver la cantimplora apoyada en la puerta. Aunque vieja, parecía en buen estado.
Inclinándose, la levantó y apreció que estaba llena. Quitó el tapón y olfateó unos momentos. Luego se puso unas gotas en la lengua.
—Es agua pura, perfectamente potable —dijo en voz baja—. Toma, bebe, pero no hagas excesos. Hay unos cinco litros y, si nos racionamos, pueden durar otros tantos días.
Glynnis bebió complacidamente un buen trago de agua. Luego sonrió.
—¿Tendremos que dar gracias al fantasma, Mars?
—Sea quien sea el que haya dejado esta cantimplora, a partir de ahora cuenta con nuestra gratitud eterna —dijo el joven—. Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí en pleno día?
—Pudo haber venido durante la noche...
—Tal vez, pero yo recuerdo haberme levantado cerca del amanecer, para ir al aseo. Y, estoy absolutamente seguro de ello, entonces no había ninguna cantimplora junto a la puerta.
—Ese misterioso individuo es un tipo que conoce perfectamente los menores recovecos de la Amphitryte —supuso Glynnis—. Por ahora, sabemos una cosa con toda claridad: desea ayudarnos y no quiere de ningún modo ser descubierto. Ya se dejará ver cuando crea que le conviene.
Resonaron pasos que se aproximaban a la cámara. Rápidamente, Drake escondió la cantimplora bajo la colchoneta de la litera, hacia la cabecera. Luego, retrocedió hasta el centro de la estancia.
La puerta se abrió. Leech hizo un gesto con la mano.
—El maestro velero requiere de sus servicios, marinero —dijo

irónicamente.
—Iré ahora mismo —respondió el joven.
—Ella puede andar libremente por cubierta. Dentro de unos minutos, estará listo el desayuno.
—Gracias —murmuró Glynnis.

* * *

Habían colocado otro foque en el bauprés, izándolo luego en el estay correspondiente. Aunque el viento era muy escaso, la goleta empezó a notar de inmediato la acción de la vela, levemente hinchada.
—Vamos a colocar ahora la cangreja de la mayor —dijo Kraffer—. Más tarde, envergaremos las dos escandalosas. He encontrado también una vela de estay de mayor y con todo este trapo, podremos ganar muy bien seis o siete nudos a la hora.
—No está mal —aprobó el joven. Caledon y Leech andaban bajo cubierta, armados, buscando al misterioso individuo que había dado muerte ya a dos miembros de la banda. Sara, recostada negligentemente en la borda, contemplaba los trabajos que realizaban Kraffer, Reinen y el prisionero.
Glynnis estaba un poco más allá, con las manos en la borda, contemplando la resplandeciente inmensiad del mar. De pronto, Sara hizo una llamada:
—Eh, tú, acércate.
Glynnis volvió la cabeza, dudó un poco y, al fin, se aproximó a la mujer.
—¿Señora?
Sara sonrió burlonamente.
—Huy, me llama señora y todo... Mira, pequeña, déjate de tratamientos. Sara a secas ¿entendido?
—Sí, señora..., perdón, Sara. ¿Qué deseas?

Glynnis sintió sobre su rostro una oscura mirada de la otra.
—¿Qué ha hecho contigo Drake? —preguntó Sara.
—¿Cómo? No comprendo...
—Habéis pasado la noche juntos. ¿No... os habéis divertido un poco?
—Ni me ha tocado siquiera —respondió Glynnis.
—¿Por qué no? Eres joven y muy bonita. Cualquier hombre, en vuestra situación, habría tratado de aprovecharse, ¿no crees?
Glynnis señaló con la cabeza hacia el lugar donde se encontraba el joven, afanado en envergar la vela cangreja mayor.
—¿Ese? —contestó con fingido desdén—. No le gustan las mujeres.
—¿Es cierto?
—Antes de que ustedes llegaran a bordo, yo me insinué un poco. No se inmutó siquiera y eso me confirmó ciertos rumores que había oído

antes.
—¿De verdad? ¿Cómo es posible que Caledon no lo hubiera sabido?
Glynnis se encogió de hombros.
—Hay cosas que en ciertos ambientes se mantienen muy bien guardadas —respondió. Se preguntó si Sara daría crédito a la sarta de mentiras que le estaba colocando, pero no tenía otro remedio que actuar en ese sentido—. Hoy día parece que no se le da mucha importancia a las desviaciones sexuales, pero todavía, repito, en determinados círculos, eso es algo que resulta profundamente desagradable. Incluso perjudicial para los negocios.
Sara se quitó el cigarro de la boca, estudió la brasa críticamente unos momentos y luego volvió a sujetarlo con los dientes.
—Y a ti ¿te gustan los hombres?
—Moderadamente, claro.
—Sin abusar, ¿eh?
—¿Te acuestas tú con el primero que se cruza contigo en la calle?
Sara respingó. Se echó a reír.

—Una pregunta muy aguda. Dime ¿es cierto lo que dijiste de la gangrena?
—Dile a Caledon que le corte el dedo.
—Más vale no correr el riesgo. Las perspectivas son demasiado optimistas para echarlas a perder por un estúpido antojo. —Miró fijamente a la muchacha—. Pero puedes estar segura de que os cortaremos el dedo cuando lleguemos a puerto.
—¿Qué puerto, por favor?
Sara rió casi silenciosamente.
—Perdona, pero eso es algo que debes ignorar..., siempre.
Glynnis se estremeció.
«Cuando hayan cobrado el rescate, nos matarán..., pero el mío no lo cobrarán de ningún modo, porque no tengo ese dinero», pensó.
Moriría también cuando se descubriese que no era Astrea Fordwill. Y empezó a pensar si resultaría prudente contar a Drake por qué estaba volando eh un avión que no era suyo cuando cayó al mar.
De pronto, se oyó un grito de alegría:
—¡Eh, se está levantando un poco de viento! —exclamó Kraffer.
La Amphitryte se balanceó levemente.
—¡Vamos, vamos, estamos terminando ya! Debemos izar la cangreja rápidamente. Burt, vigila el rumbo.
—Está bien, Otto —contestó Caledon, ahora con las manos en las cabillas de la rueda.
Minutos más tarde, habían terminado la tarea. Kraffer se escupió en las manos.
—Bueno, muchachos, arriba con ella..., Caius, vigila bien esa escota.

—¿Qué es una escota? —preguntó el gigante.
Kraffer emitió un reniego. Cruzó la cubierta y señaló unos cabos con la mano.
—Esto son las escotas de babor —dijo—. Jasper, Drake, tiren de las drizas...
El pico de la cangreja empezó a subir. Kraffer se unió a la operación y, a los pocos momentos, la vela empezó a hincharse al recibir viento.
—Ya está —dijo Kraffer al cabo de unos momentos.

La acción del viento en la vela se dejó notar en el acto. La goleta escoró ligeramente y se apreció la ganancia de velocidad.
—Voy al timón —anunció Kraffer.
Avanzó unos pasos. Súbitamente, se oyó un terrible chasquido.
Drake presintió lo que iba a ocurrir y se agachó precipitadamente. La botavara giró con velocidad aterradora. Kraffer se volvió y lanzó un aullido de advertencia.
Era ya tarde, sin embargo. Aquel pesado madero cilíndrico, de más de cincuenta centímetros de diámetros y nueve metros de longitud, giró libremente sobre su encastre en el palo mayor y alcanzó de lleno a Reinen.
El alto y larguirucho individuo se había vuelto al oír el aullido de Kraffer. Vio la botavara que se precipitaba sobre él, pero ya era tarde.
El impacto le alcanzó de lleno en pleno rostro. Se oyó un espeluznante chasquido de huesos rotos y el rostro de Reinen se convirtió en una irreconocible máscara roja.
Reinen había abierto los brazos instintivamente. El impacto lo separó de la cubierta y le hizo volar por encima de la borda, arrojándolo al mar.
Los tiburones que seguían de forma casi constante a la Amphitryte iniciaron con voraz entusiasmo su necrófaga tarea.

CAPITULO VIII

Caledon había soltado el timón instintivamente para agacharse y la rueda giró locamente, provocando con ello un nuevo bandazo de la Amphitryte. La botavara giró ahora en sentido contrario, amenazando con causar más víctimas.
Kraffer lanzó un atroz juramento.
—¡Maldita sea, Burt! ¡Sujeta esa condenada rueda! Tú no corres ningún peligro...!
Era el único que daba señales de vida. Todos los demás, parecían petrificados por lo que acababa de suceder, sin dar totalmente crédito a lo que habían visto con sus ojos.
—¡Esa botavara! —aulló Kraffer—. Hay que sujetarla o nos enviará al infierno. ¡Caius, Drake, aquí los dos!
Los hombres empezaron a reaccionar. El pesado madero quedó quieto unos momentos y Leech se abrazó al extremo, mientras Kraffer y Drake procuraban sujetar una de las escotas.
Caledon se rehízo y procuró volver al rumbo primitivo. Sus ojos brillaban con ferocidad. Glynnis se dio cuenta de que miraba al joven, como si lo considerase culpable de lo ocurrido.
La botavara quedó al fin asegurada con unas escotas de emergencia. Entonces, Caledon profirió un grito:
—¡Sara, ven! Encárgate del timón, mientras yo me ocupo de otro asunto.
La mujer, rehecha, corrió a la popa. Caledon saltó al combés, sin molestarse en utilizar la escalera, y se dirigió a Dra ke directamente.
—¡Condenado bastardo! —le apostrofó—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Qué es lo que he hecho yo? —se sorprendió el aludido.
—Has soltado esas malditas cuerdas, escotas o como se llamen, para que uno de nosotros fuese alcanzado...
—Se equivoca, no he hecho nada de lo que usted dice —repuso Drake serenamente—. Ha sido un accidente...
Caledon lo agarró por la pechera de la camisa.
—¡Condenación! ¡Voy a...!
—¡Burt, quieto!
El pirata se inmovilizó en el acto. La orden procedía de Kraffer, muy ocupado al parecer, en contemplar un determinado punto a la botavara.
—¿Qué pasa? —preguntó Caledon malhumoradamente.
—Tienes razón en lo que se refiere a que no ha sido un accidente. Ahora bien, si lo ha provocado él, es algo que no puedo asegurar.
—¿Por qué no te explicas de una vez, Otto?
—La Amphitryte ha permanecido demasiado tiempo abandonada.

Muchos de los cabos están podridos. Hay metales corroídos por el óxido..., como, por ejemplo, los zunchos con anillas, a las que se engarfian los motones de las escotas.
—Mira, Otto, déjate de palabrerías técnicas y habla de modo que todo el mundo te entienda. ¿Qué diablos ha sucedido?
—Si vienes aquí, te lo enseñaré.
Caledon apartó al joven de un empujón y se acercó al lugar donde Kraffer estaba contemplando algo con gran interés. El antiguo capitán de barco señaló la botavara.
—El hierro está muy corroído, pero, además, ha sido limado y no habrá costado demasiado tiempo dejarlo debilita do, de modo que el más ligero soplo de viento haga saltar la escota. ¿Crees que el prisionero tiene alguna lima en su encierro?
—¡Y yo qué sé! Habría que registrar la cámara...
Glynnis contuvo el aliento. «Si encuentran la cantimplora...», pensó, aprensivamente.
—En todo caso, si tenía una lima, la habrá arrojado al mar —supuso Kraffer.
—Yo no creo que haya sido él —intervino Leech.
Caledon se volvió hacia el gigante.
—¿Quién, entonces?
58-
—Hay alguien a bordo que no nos quiere bien, por las ' razones que sean. Está escondido y conoce la nave como cualquiera conoce su casa. Ataca, mata y vuelve a esconderse..., y si no conseguimos encontrarlo, acabará con todos nosotros.
—Pero ¿por qué? —rugió Caledon—. ¿Por qué demonios quiere matarnos?
Leech se encogió de hombros.
—No le somos simpáticos —contestó irónicamente.
—Otto, ¿qué opinas? —consultó el pirata.
—Estoy de acuerdo con Caius —respondió el interpelado—. La duda estriba en saber si ese misterioso individuo está o no de acuerdo con los prisioneros y si ellos conocen o no su escondite.
—Estaban solos cuando abordamos la goleta.
—Quizá el tipo se escondió entonces, pero, recuerda, no tardó demasiado en atacar. Hout Worr murió antes de haber transcurrido media hora de nuestra llegada a la Amphitryte.

Caledon se enfrentó de nuevo con el joven.
—¿Qué sabes tú? —inquirió hoscamente.
—Nada. Ella y yo naufragamos y no fueron precisamente dos accidentes —respondió Drake, que no perdía la serenidad en ningún momento—. Llegamos aquí y ya no vimos a nadie. —Prudentemente,

calló el hallazgo de los esqueletos que habían desaparecido de forma misteriosa—. Ustedes arribaron al día siguiente, apenas doce horas después de nuestra Segada.
—¿Cómo diablos encontraron la goleta?
—La señorita Fordwill cayó al mar con su avión, pero mi ¡ancha, la que Reinen saboteó, flotaba. Había niebla, lo recordarán sin duda, ya que no pudieron encontrarnos entonces. La goleta apareció bruscamente, surgiendo de la niebla. No podíamos maniobrar y hundió mi lancha. El capitán Kraffer- lo entenderá mejor si le digo que la Amphitryte pasó por rebufo a la motora.
Kraffer movió la cabeza varias veces, haciendo signos afirmativos.
—Así tuvo que ocurrir. La motora no estaba amarrada a la goleta, como él habría hecho indudablemente, si no se hubiese hundido —manifestó.

—Bien, pero ¿qué hay del misterioso individuo que anda por ahí eliminando a la gente? —barbotó Caledon.
Leech levantó una mano en aquel momento.
—¿Me permites una sugerencia, jefe?
—Habla —contestó Caledon de mal talante.
—Es inútil buscar al desconocido. Conoce la nave a la perfección y burlará siempre nuestros esfuerzos. Esperemos su próximo ataque.
—Con los brazos cruzados, ¿eh? —dijo el pirata sarcásticamente.
—Podemos prepararle una trampa. Sin duda, limó esos hierros durante la noche. Por tanto, ahora no hará nada... Es cierto que mató a Hout en pleno día, pero se aprovechó de que no sabíamos nada, esto es, de la sorpresa. Ya no volverá a repetirlo, lo cual significa que atacará de noche.
—Eso está bien pensado —convino Kraffer—. Pero ¿qué clase de trampa sugieres, Caius?
Leech hizo un gesto vago.
—No soy demasiado listo —confesó humildemente—. Usted tiene un título, el jefe sabe hacer buenos planes... Piensen algo entre los dos.
—Está bien, ya buscaremos algún sistema para darle a ese tipo lo que se merece. Otto, ¿necesitas al prisionero para algo?
—Algunos trabajos sin importancia. Rematar lo que hemos hecho —contestó Kraffer.
—Bien, que te ayude en lo que sea. Luego, tú, Caius, los llevas a la cámara y ciérralos con llave por fuera.
Drake respiró aliviado. Caledon parecía haberse calmado un tanto, aunque tenía la seguridad de que seguía sospechando de él. Si se producía un nuevo «accidente», iba a pasarlo mal, se dijo.
En unión de Kraffer se decidió a asegurar el cordaje del palo mayor. De pronto, Caledon lanzó una exclamación:

—Por cierto, ¿qué diablos estaba haciendo ese estúpido de Jasper cuando se soltó ese maldito palo? No se dio cuenta hasta que eTa demasiado tarde...
—Yo lo vi asomado a la borda, con medio cuerpo fuera —explicó Sara desde el timón—. Me pareció que podía ha berse mareado y que estaba vomitando, pero no me detuve a

mirar mucho más. No iba a ser un espectáculo agradable.
—Entonces, por eso no vio nada, hasta que oyó nuestros gritos —admitió Caledon con lo que parecía su invariable buen humor—. Bien, uno menos y más dinero para repartir, dicho sea de paso.
—Siete millones para cuatro —rió Sara—. Oye, ingeniero —gritó—. ¿A cuánto tocamos ahora?
—Un millón setecientos cincuenta mil —repuso Drake en el acto.
—Gracias, computadora humana. —La mujer sacudió la cabeza—. Oyéndote, no me extraña que hayas resultado un fallo de la naturaleza.
Drake no hizo caso del insultante comentario de Sara. Estaba muy ocupado en su tarea.
—Capitán —dijo de pronto—, la botavara queda muy baja. Convendría izarla un par de metros, aun a riesgo de to mar un rizo.
—Entiendes de navegación, ¿eh? —dijo Kraffer, admirado—. Lo malo es que todo el cordaje está podrido... Me gustaría subir a la cruceta y examinar las escotas del pico, pero, la verdad, no me atrevo.
Drake elevó la mirada. La cruceta se encontraba a más de veinte metros de la cubierta.
—Yo no voy a subir tampoco —decidió finalmente—. Si luego sucediera algo, me culparían de que lo he hecho yo. —Observó unos instantes la marcha del buque y agregó—: La Amphitryte navega satisfactoriamente y aún lo hará mejor cuando estén izadas las dos escandalosas y el estay de la mayor. Entonces podrá tomar un rizo en la cangreja mayor.
—Hubieras sido el mejor de mis alumnos —elogió Kraffer. Pero había cierta melancolía en sus palabras. Drake se preguntó qué pecados habría cometido para perder una posición privilegiada y envidiable.
Ahora era sólo un pirata y, si sus presentimientos se convertían en realidad, un hombre que podía morir de forma horrible en cualquier momento.

* * *

Lanzando un suspiro de alivio, se sentó en la litera, después de que Leech hubiera cerrado la puerta por fuera. Glynnis se sentó a su lado y él pasó un brazo por los hombros.
—He pasado un miedo terrible —confesó la muchacha.

—Los dos, pero te diré una cosa: ellos tienen aún más miedo que nosotros.
—¿Lo crees así?
—Tú y yo tenemos que enfrentarnos con personas a las que conocemos y podemos ver incluso podemos prever sus reacciones y prepararnos adecuadamente para rechazar cualquier ataque. Pero ellos tienen que enfrentarse con un ser al que no pueden ver y al que desconocen por completo. Sólo están seguros de una cosa: quiere matarlos uno a uno. Si yo estuviera en el pellejo de Caledon, no me sentiría muy tranquilo, desde luego.
—¿Atacará también a Sara?
—Es una más de la banda. Caledon lo dijo bien claramente: es su segundo en el mando. Aunque, a veces, pienso que es ella quien lo dirige todo, pero no de una forma directa.
—En la sombra —sonrió Glynnis.
—Algo por el estilo. Ahora bien, tenemos en contra un factor que puede producirnos serios trastornos: quieren tenderle una trampa.
—¡Ojalá no lo consigan! —deseó ella fervorosamente.
—Si actúa de forma tan inteligente como hasta ahora, no lo conseguirán —respondió Drake—. Pero sólo nos queda una solución: esperar.
De pronto, ella hizo un gesto con la mano.
—Mars, he estado pensando mucho en algo que dijo Sara, respecto a Reinen. Estaba inclinado sobre la borda, con medio cuerpo fuera, como si estuviera devolviendo. Pero no se había mareado ningún momento y el barco no se movía apenas, hasta que quedó la vela envergada. ¿No pudo ser que estaba mirando algo que había en el exterior del casco?
—Si fue así ¿por qué no lo dijo?
—Tal vez acababa de descubrirlo, pero no tuvo tiempo de avisar a nadie. La botavara se soltó, oyó gritos, se volvió y...
Drake se calló. Glynnis tenía la mirada fija en un punto de la cámara, situado en el lado opuesto, en un lugar en
sombras, donde resultaba difícil ver nada, hasta que los ojos se acostumbraban a la penumbra interior.
—Mars, allí —susurró.
Drake tendió la vista en la dirección que ella le indicaba y apenas si pudo contener una exclamación de sorpresa. En silencio, cruzó la cámara, se inclinó y recogió un plato, cubierto con un paño blanco, regresando inmediatamente junto a la muchacha.
Levantó el paño y olfateó lo que había debajo.
—Pescado frito —murmuró—. Está frío, pero en magníficas condiciones.
—Lo ha dejado «él» —dijo Glynnis con apenas un hilo de voz.

—Sí, de nuevo ha estado aquí. Ya no cabe duda de que se considera nuestro amigo, pero ¿por dónde diablos entra? Me gustaría...

Drake iba a levantarse, pero Glynnis lo retuvo por un brazo.

—No busques —aconsejó—. Cuando él quiera darse a conocer, ya lo hará. Debemos respetar su anonimato, Mars.

El joven asintió.

—Tienes razón: ya se hará visible cuando lo crea conveniente —admitió.

CAPITULO IX

La puerta de la cámara se abrió bruscamente al atardecer. Kraffer apareció en el umbral.
—Necesito su ayuda, ingeniero.
—¿Qué sucede ahora, capitán?
Kraffer sonrió de mala gana.
—No me dé ese tratamiento. Llámeme Otto, simplemente
—Muy bien, como guste.
—He estado examinando el motor auxiliar. Es de oche cilindros. Podemos poner seis en estado de funcionamiento Quedan dos que es imposible reparar. Hay dos bielas rotas j no quedan piezas de repuesto a bordo. Ahora bien, si obü> ramos los conductos de admisión de estos dos cilindros, e motor funcionará perfectamente y podremos conseguir mái velocidad. Ya sé que no le gusta la idea de perder un dedo, pero...
Drake vio en los ojos de Kraffer algo que le hizo pensar que el sujeto no estaba totalmente de acuerdo con Caledon Seguramente, pensó, se unió a la banda para pilotar una embarcación, ignorante en parte de sus propósitos. Podría aceptar una determinada suma de dinero, pero le repugnaban ciertos métodos violentos, fue la conclusión a la que llegó
Lentamente, se puso en pie.
—De acuerdo, Otto —accedió al fin—. Pero le haré una advertencia.
—¿Sí?
—Es más que probable que se produzcan vibraciones m deseables, que podrían acabar desajustando el eje de la hélice. En su lugar, yo repararía el motor, lo probaría y luego k pararía, hasta el momento de la maniobra de atraque en... el puerto que sea. Así podrá gobernar la nave mucho mejor ¿comprende?
—No está mal pensado, pero, en mi opinión, tener un motor funcionando aunque sea deficientemente, es mejor que no tener ninguno ¿no le parece?
—Completamente de acuerdo, capit..., digo, Otto.
—Entonces, vamos allá.
Al salir a cubierta, Drake vio a Caledon en el timón. Sara estaba apoyada en la borda, fumando negligentemente.
Leech se hallaba en una de las escalas del palo mayor, a media altura, observando atentamente el menor movimiento en la cubierta. Drake se preguntó qué trampa habrían preparado contra el misterioso individuo que no se dejaba ver y que proporcionaba a los prisionero:; agua y comida frescas.
Siguiendo a Kraffer, descendió a la bodega. Una vez más, sintió extrañeza al ver el gigantesco amontonamiento de pedruscos,

colocados como lastre en la sobrequilla.
Kraffer había dispuesto dos faroles. Drake llevaba uno y ambos se encaminaron hacia la cámara de motores. Al pasar junto al montón de piedras, Drake percibió un leve brillo en una de media tonelada de peso.
Acercó el farol. Aquel brillo...
De pronto creyó comprender y se quedó sin aliento. No, no diría nada, pensó instantáneamente. Debía guardar el secreto, era lo mejor por el momento.
—Vamos, ingeniero —llamó Kraffer, impaciente, junto al motor que iban a reparar.
Los trabajos duraron casi cuatro horas. Al terminar, Kraffer, agotado, se sentó en el suelo.
—Dios, lo que daría ahora por una jarra de cerveza fresca —se lamento.
—Con lo que van a ganar, podrá pagarse miles de jarras —sonrió Drake—. ¿Qué le parece si probamos el motor?
Kraffer respiró profundamente.
—Empiezan a pesarme los años, muchacho —dijo.
—¿Sólo los años, Otto?
El hombre le dirigió una mirada oblicua.
—No intentes provocarme —respondió—. Hay momentos en la vida de una persona que le obligan a actuar como no querría. Estoy aquí, con Caledon, y eso debe ser suficiente para usted, ¿estamos?
Drake se llevó una mano a la sien. —Sí, señor —contestó. Kraffer volvió a levantarse.
—Las baterías están descargadas, pero arrancaremos el motor manualmente. He preparado una manivela, como en los tiempos pretéritos.
—Se necesitará mucha fuerza. ¿Por qué no llama a Caius? —Buena idea.
Kraffer echó a andar. De pronto, se detuvo, a la vez que lanzaba una obscena maldición.
—Hemos perdido el tiempo —declaró, abatido—

Falta por completo el conducto del combustible.
Drake pasó al otro lado del motor. Meneó la cabeza con aire pesimista. El tubo de goma que llevaba el combustible desde el tanque a las cámaras de los cilindros faltaba por completo y no había forma humana de remplazarlo.
«Ese misterioso individuo piensa en todo», se dijo.

Cansados, exhaustos, emprendieron el camino hacia la cubierta. Al pasar una vez más junto al lastre, Drake se preguntó si el desconocido

estaría escondido en la quilla de pantoque, bajo la plataforma de sobrequilla.

Respiró el aire de la noche a pleno pulmón. Caledon estaba en la rueda y les hizo señas con la mano.
—No vengan aquí —dijo—. Ya he preparado la trampa y no puede fallar.
—Ojalá le pongan la mano encima —deseó Kraffer—. Yo estoy muerto de sueño. Vendré al timón cuando haya dormido unas cuantas horas.
—Caius me relevará a la una. El sabe cómo eludir la trampa. ¿Qué hay del motor?
—Tiempo perdido, Burt. Ya te lo explicaré mañana —se despidió Kraffer a la vez que bostezaba aparatosamente. —No te olvides de cerrar con llave a los prisioneros —indicó Caledon.

* * *

Glynnis estaba despierta, aunque tendida en la litera. De costado, con la cabeza en una mano, fijó la vista en Drake, que se disponía a tenderse en el lugar habitual donde solía dormir.
—¿No me dices nada, Mars?
—El desconocido piensa en todo. Reparamos el motor, pero no hay tubo de combustible. Por tanto, es como si no hubiéramos hecho nada.
Ella contuvo una exclamación de sorpresa.
—Adivinó lo que se podía hacer —dijo.
—Es un tipo listo, no cabe duda. Pero Caledon asegura que le han preparado una trampa y, aunque no ha dicho nada más, cree que es infalible.
—Si lo capturan, podemos darnos por verdaderamente perdidos, Mars.
—Aún tengo los diez dedos —contestó él con acento significativo—. Encontrarán o no al desconocido, pero empiezan a relajar la vigilancia. Mañana, por la noche, intentaré conseguir un arma.
—Puede resultar peligroso —dijo ella aprensivamente.
—Es peor quedarse mano sobre mano, aguardando con mansedumbre a que te hiera en el cuello el cuchillo del carnicero. Mañana, además, Kraffer tomará la altura con el sextante para determinar la posición del barco y yo me enteraré de ello. Así sabremos la distancia que nos separa de la costa y tendré un elemento más para calcular el momento en que debo actuar.
—Mars, tengo miedo, pero si puedo hacer algo para ayudarte, dímelo —manifestó la joven—. Haré lo que sea para evitar que... que nos corten un dedo.

Drake sonrió ligeramente. —Saldremos adelante, no te preocupes. Y en cuanto lleguemos a Acaldo...
—¿Acaldo? —repitió Glynnis desmayadamente.
—¿Por qué no allí?
Ella se tendió boca arriba en el lecho.
—Tengo que contarte algo —murmuró—. Yo robé el avión de Astrea Fordwill, para evitar que me matasen.
—¿Quién? —preguntó él, vivamente sorprendido.
—Ciertos elementos que... que no perdonan que alguien los traicione.
—¿Mafia? —supuso Drake.

—Tal vez. Te dije que fui enfermera y es cierto, pero el trabajo no me gustaba, no por el hecho de curar heridos y enfermos, sino por la rutina del horario fijo. Aprendí a vo lar, como una especie de liberación, una forma como otra cualquiera de entretener el ocio... Al cabo de un año, alguien me propuso formar parte de un equipo sanitario para trasladar enfermos con rapidez. Yo pilotaría el avión cuando fuese necesario... Acepté, era mejor empleo y con un sueldo mucho más elevado. En cierta ocasión, me ordenaron recoger unos paquetes de medicamentos en determinado lugar. Al regreso, se me ocurrió revisar unos paquetes sin etiquetas ni indicación de las medicinas que contenían. Me desvié de la ruta, arrojé los paquetes al mar y aterricé en otro aeropuerto. Abandoné el avión, regresé a mi residencia, hice el equipaje y me marché.

—Y así llegaste a Acaldo.
—Supe que me perseguirían. No podían permitir la pérdida de lo que, según he sabido mucho después, eran nada menos que diez millones en droga. Al llegar a Acaldo, con seguí trabajo en el hospital como enfermera. Estuve allí casi un año. Cierto día, vi llegar a unos tipos y adiviné que me encontrarían. No tenía coche, no quería robar uno y entonces fue cuando llegó Astrea, con su aparato, en un vuelo de placer con tres amigos, dos parejas, en total. Iban a permanecer algunos días en Acaldo..., pero lo que yo ignoraba era que habían planeado el secuestro de Astrea, con o sin amigos. Me apoderé del avión, sin saber que Reinen lo había preparado todo para que cayese al mar a determinada distancia de la costa... ¿Comprendes ahora el resto de la historia?
Drake asintió.
—Ni Caledon ni esos «gánsteres» te harán el menor daño —dijo firmemente.
Y Glynnis, al oír aquellas palabras, se sintió notablemente confortada.

Empezó a relajarse. Ahora quería preguntar a Drake qué hacía en Acaldo, pero lo vio fatigado y con síntomas de que darse dormido muy

pronto, y decidió posponer la pregunta para otro momento.

Cerró los ojos. El leve balanceo de la goleta, el chapoteo de las olas contra el casco y los crujidos de la tablazón, fueron como una especie de sedante que le hicieron conciliar el sueño en pocos instantes.

* * *

Con las manos en las cabillas de la rueda, Leech contempló la brújula. Se había desviado un par de grados y corrigió el rumbo.
—Veinticuatro horas más tarde y seremos ricos —murmuró complacidamente.
Luego fijó la vista en el delgado cable de metal que brillaba a un palmo del suelo, en el final de la escala que conducía de la cubierta al alcázar. Si el desconocido intentaba atacarlo, tropezaría con el cable, se caería y...
En las puertas de los camarotes donde dormían los restantes miembros de la banda, se habían dispuesto unas trampas análogas.
—Como te ponga la mano encima... —rezongó entre dientes.

Le daría una buena paliza, pero no lo mataría. Caledon quería interrogarlo. Luego obligarían hablar y, finalmente...
—Carnaza para los tiburones —dijo.

Y, en el mismo instante, sintió un terrible golpe en la parte posterior del cráneo.
Las estrellas del firmamento se multiplicaron en número incalculable. Leech no había perdido del todo el conocimiento, pero se encontró repentinamente sin fuerzas.

El golpe se repitió y cayó de costado. El desconocido lo contempló unos segundos y luego, acercándose a la rueda, colocó algo bajo el compás. A continuación, trincó el timón con un cabo.
Apenas hubo terminado la tarea, se acercó al caído y lo arrastró hacia la popa. Leech pesaba más de cien kilos y le costó mucho alzarlo hasta conseguir situarlo en la posición adecuada.

El enorme corpachón de color pasó por encima de la borda y se hundió en el agua con lúgubre chapoteo. El hombre desapareció del puente.

Medio minuto después, Leech emergió fuera de las aguas, habiendo recobrado el conocimiento a causa de la frialdad del mar. La cabeza le dolía horriblemente, pero sabía que aún podía salvarse.
La goleta se hallaba ya a un par de cables de distancia. Podía

alcanzarla; era buen nadador y poseía una gran resistencia física.
Braceó con todas sus fuerzas, dándose cuenta de que, aun que con gran lentitud, ganaba terreno. Abrió la boca para gritar, pero calló antes de haber emitido el menor sonido.
El pie derecho le picaba.
—Habré tropezado con alguna medusa urticante —se dijo.
Instintivamente, bajó la mano para rascarse, pero no encontró el pie. La comprensión de lo ocurrido penetró de mo do súbito en su mente y entonces sí lanzó el primer alarido.
Un dolor horrible subió desde la rodilla izquierda hasta su cerebro. Enloquecido de pánico y de furia al mismo tiempo, empezó a pelearse ferozmente con el tiburón que lo había atacado.
Pero el escualo no estaba solo.

CAPITULO X

Burt Caledon despertó, salió a la cubierta y lo primero que hizo fue lanzar una mirada hacia el timón, al que vio solo, aunque trincado por unos cabos.
—Leech estará en alguna parte y lo ha dejado sujeto, manteniendo el rumbo —murmuró.
Lentamente, el barco recobraba su actividad cotidiana, bien reducida, ciertamente. Sara y Kraffer se hicieron visibles poco después.
—¿Dónde está Caius? —preguntó el segundo.
—Habrá ido a algún sitio... Tal vez está buscando el tesoro —supuso Caledon.
—¿Cuándo podré bañarme? —se quejó Sara—. Estoy cubierta de porquería, de los pies a la cabeza.
—Algunos considerarían muy apetitosa esa porquería —no Caledon.

Ella le sacó la lengua. Las voces habían despertado a los prisioneros, quienes se habían acercado a una de las lucernas para tratar de ver lo que sucedía en el exterior.
Caledon se acercó al timón y observó la aguja del compás.
—¡Rumbo correcto! —anunció.
Kraffer frunció el ceño.
—¿Estás seguro, Burt?.
—¿Quieres subir a verlo por ti mismo? —respondió el pi rata malhumoradamente—. La aguja señala doscientos tremía grados... Es decir, más o menos, hacia el Sudoeste.
Kraffer no contestó por el momento. Alzó la vista un instante, cerró los ojos casi en el acto; para evitar el deslumbramiento del sol y se mordió los labios pensativamente.
—No puede ser. Estás equivocado, Burt —dijo al cabo.

—¡Maldita sea! —juró Caledon—. ¿Crees que estoy ciego? ¿Piensas que no sé leer la simple indicación de una brújula? Te digo que marca doscientos treinta...
—Sí, y el sol ha salido hace media hora escasa y lo tenemos por la aleta de estribor, así que navegamos prácticamente hacia el Norte. El sol sale siempre por el Este ¿lo recuerdas?

Caledon se quedó con la boca abierta. Kraffer trepó en dos saltos al puente, salvó el hilo de metal de la trampa y se inclinó sobre el compás.
—Habrá sido ese estúpido de Caius —dijo—.

Al asegurar el timón, no se dio cuenta de que lo hacía

incorrectamente...
—No, no lo creo —contradijo Kraffer—. Le señalamos una posición fija para la aguja y no es tan torpe como para permitir una desviación del rumbo casi diametralmente opues ta. Tiene que haber algo más...

De repente, Kraffer dio la vuelta y, agachándose, exami nó la columna del compás. Segundos después, levantaba un trozo de metal en la mano derecha.
—¡Eh, la aguja señala ahora treinta grados! —gritó Caledon.
—Porque ya no sufre el influjo de este imán —manifestó Kraffer.
Caledon contempló el trozo de hierro y abrió la boca estúpidamente.
—¿Eso es..., un imán?
Kraffer lo lanzó por encima de la borda.
—El desconocido ha actuado de nuevo —gruñó disgustadamente.
Durante unos segundos, sólo hubo silencio a bordo de la nave. Luego, Caledon lanzó un aullido de cólera.
—¿Dónde está ese maldito negro? Habrá ido a emborracharse, como si lo viera... O quizá, tú, Sara... ¿No lo has llamado para que te haga disfrutar?
—Caius me asquea —respondió la mujer displicentemente.
—Sólo en ocasiones. Ha estado en tu cama más veces que pelos tienes en tu cabeza...

Ella echó mano a la pistola que pendía constantemente de su centro.
—¡Burt, no me insultes! —vociferó—. Hay un marica a
bordo, pero, a veces, me pregunto si tú no lo serás también. ¿Por qué no vienes a verme con más frecuencia, eh?
Kraffer se dijo que debía intervenir para apaciguar los ánimos.
—Está bien, no os peleéis por una minucia.

A fin de cuentas, hemos encontrado la solución. Ahora sólo falta maniobrar para fijar el rumbo correcto. Ya saldrá Caius cuando se despierte.
Caledon emitió todavía un par de imprecaciones a media voz. Luego consultó:
—¿He de hacer virar el barco?
—Primero tendremos que maniobrar con las velas —respondió Kraffer —. Pero necesito ayuda.
—Despierta al ingeniero. El entiende bastante de estas cosas.
—Conforme.

Al pasar, Kraffer rompió de un puntapié el hilo metálico.
—No ha servido de nada —dijo entre dientes.
Pero Sara lo había oído.
—¿Tú crees que Caius...?

Kraffer se volvió hacia atrás y contempló la estela que dejaba la Amphitryte.
—En estos momentos, me pregunto quién de nosotros se rá el próximo banquete para los tiburones —dijo lúgubremente.
Ella sintió un escalofrío.
—Eso significa que consideras muerto a Caius.
—No daría por su vida un penique —respondió Kraffer.

* * *

Drake y Glynnis oyeron claramente todo lo que se había dicho en el exterior. Drake se volvió hacia la joven, pero antes de que pudiera hablar, vio algo que lo hizo sentirse consternado.
—Lo que faltaba —murmuró.
—¿Qué pasa ahora? —preguntó Glynnis, muy asustada.
Drake tenía el rostro a un par de palmos del barómetro que habia en la cámara.

Alzó la barbilla y señaló el instrumento.
—Ayer señalaba setecientos sesenta y cinco milímetros, es decir, mil veinte milibares. Hoy marca setecientos cincuenta y ocho milímetros, que equivalen a mil nueve milibares. En resumen, una baja muy acentuada de la presión.
—El significado no es nada agradable, Mars —dijo ella.
Drake asintió.
—Es preciso tener en cuenta el área en que navegamos. Debemos rezar para que no se produzca lo que me temo puede suceder.
—¿Qué? —preguntó Glynnis anhelantemente.
—Un huracán tropical.
Glynnis sintió como si una garra helada atenazase su co razón. Antes de que pudiera decir nada, se abrió la puerta.
—Ingeniero, lo necesito —dijo Kraffer, lacónico.
—Está bien, Otto.
—Hemos de recobrar el rumbo. Alguien puso un imán en el compás y hemos estado navegando durante horas en una dirección casi completamente opuesta.
—No me extraña en absoluto —contestó el joven—. Una pregunta, Otto: ¿Ha tomado ya la altura con el sextante?
—Espero a mediodía, ingeniero.
—Muy bien. Pero podría hacerlo ahora...
—En todo caso, esperaré a que hayamos realizado la maniobra. Hemos de virar de bordo prácticamente.
—Soy su humilde subordinado, capitán —dijo el joven.
Y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, Kraffer le cerró el paso.
—Ingeniero, ¿qué diablos hacía usted por estos parajes dejados de la

mano de Dios? —preguntó.
Drake lo miró fijamente.
—Capitán Kraffer ¿qué lo trajo a usted de su Alemania natal a estos parajes dejados de la mano de Dios?
El hombre emitió un juramento en su idioma. Drake son rió, a la vez que le daba una palmadita en un hombro.
—Conozco su idioma, Otto. Lo he entendido perfectamente —dijo sonriendo.
Kraffer abrió la boca estupefacto, sin capacidad para responder al joven. Drake pasó por delante de él y se dirigió a la proa, a fin de maniobrar en los foques, las primeras velas que debían ser orientadas según el nuevo rumbo.
Media hora más tarde, la goleta inició una amplia virada. Kraffer corría de la cubierta el timón y viceversa, hasta que encontró que la aguja marcaba la dirección correcta.
—Está bien. Mantenlo así en todo momento, Burt —dijo.
—Empiezo a cansarme de estar aquí...
—Sara puede relevarte —replicó Kraffer sin mirarlo siquiera—. Voy a buscar el sextante.
Al pasar por delante de Drake le agarró la mano izquierda y la levantó un poco.
—Tiene usted un magnífico cronómetro. ¿Pierde o gana tiempo?
—Un par de segundos de atraso al mes. Lo corregí justa mente cuándo zarpaba de Acaldo —contestó el joven.
—Perfecto. Tampoco tienen tanta importancia uno o dos segundos. La costa está, calculo, a unos ciento veinte millas, y si todo sale bien, a una media de cinco o seis nudos, podemos alcanzarla en una jornada.
—Ojalá sea como dice, Otto.
Kraffer desapareció en el interior de la cámara del capi tan, de la que salió a poco con una caja en las manos. Levantó la tapa, dejó la caja encima de una escotilla y luego se dispuso a realizar la observación por medio del sextante.

El aparato disponía de un anteojo, que aplicó inmediata mente a su ojo izquierdo. Apenas lo había hecho, lanzó un atroz juramento.
Todos se volvieron hacia él. Kraffer sostenía en alto el instrumento, con las dos manos, a la vez que blasfemaba profusamente.
—¡Faltan la lente del ocular, el espejo móvil, el espejo de horizonte...! —aulló—. Me maravilla que todavía quede algo de este maldito sextante en esta maldita goleta... Este no es un buque cualquiera, es la nave del diablo... El demonio la ha poseído y la ha hecho suya y todos los que estamos a bordo vamos a morir...
Presa de un acceso de incontenible cólera, Kraffer, en medio de un profundo silencio, lanzó el inservible sextante por encima de la borda.

Caledon corrió hacia él.

—¡Por cien mil diablos...! Otto ¿es que hacía falta ese condenado instrumento para gobernar el barco?
—¿Acaso lo dudas? Sin radio ni goniómetro para determinar nuestra posición por las emisiones costeras y de los satélites de navegación... Claro que llegaremos a tierra firme, pero ¿a qué tierra firme?
—Podemos avistarla de lejos y entonces variar el rumbo...
—Cuando estemos a sólo diez millas, nos cruzaremos con montones de barcos. Alguno nos verá; reconocerán la Amphitryte... ¿Cuánto crees que tardará en aparecer un guardacostas, eh?
Kraffer ya no quiso seguir hablando. Dio media vuelta y desapareció por una escotilla, dejando a Caledon tan desconcertado como preocupado.
De pronto, el pirata se dio cuenta de que Drake lo con templaba fijamente.
—¿Qué infiernos mira usted? —barbotó—. ¿Le divierte esta situación? Pues sepa una cosa, maldito estúpido: viajamos en el mismo barco y si nos hundimos, usted se hundirá también con nosotros. ¿Lo ha entendido?
—Por ahora, no creo que se produzca ese suceso —respondió Drake serenamente—. El barco es sólido..., bastante más que la mente de alguno de sus pasajeros —añadió, a la vez que giraba en redondo para regresar a la cámara.

* * *

Glynnis lo abrazó estrechamente al entrar.
—Lo he oído todo —dijo.
—Las cosas no se presentan bien para nadie, pero menos para ellos que para nosotros —declaró el joven.
—¿Lo crees así?
—Caledon está desmoralizado. Sara tiene pánico, aunque procura no demostrarlo. En cuanto a Kraffer, sus nervios han saltado y no se puede predecir lo que hará más adelante, Eran siete y yá sólo quedan tres. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

Glynnis asintió, a la vez que se sentaba en la litera, con las manos en el regazo.
—¿Y nosotros?
—A la noche intentaré salir para apoderarme de un arma —explicó Drake—. Sé dónde duerme Caledon y tengo la seguridad de que ha guardado las armas de los muertos..., las que no se fueron con ellos al fondo del mar, claro. Bastará con que me apodere de un revólver, para que se inviertan los papeles.

—Si lo consigues ¿qué harás?
—Encerrarlos en la bodega. Tú me ayudarás a gobernar la nave..., y es posible que el desconocido salga a dar la cara No tenemos otra solución, Glynnis.
—Fallaron su golpe y ya no les somos de utilidad ¿no te parece?
—Por eso mismo, es posible que traten de quitarnos de en medio. Ya no van a conseguir nada beneficioso de nosotros. Caledon necesitaba a la banda al empleo y ésta se ha reducido a menos de la mitad.
De pronto, Glynnis se dio aire en la cara con la mano.
—Hace demasiado calor ¿no te parece?
—La temperatura ha subido, en efecto.
—Pero el barómetro está más bajo...
—Son efectos de los fenómenos precedentes de un hura can. Es una calina que se va acentuando poco a poco, hasta que, casi de repente, se desencadena la tempestad. Y, como sigamos nosotros todavía a bordo, tendremos que rogar por nuestras vidas.
Glynnis se estremeció.
—En tal caso ¿habría riesgo de hundimiento, Mars?
—Es lo más probable, pequeña.
Sobrevino un momento de silencio. Luego, ella se puso en pie.
—Cuando vayas a buscar las armas, te acompañaré —dijo.
Drake sonrió.
—Si salimos de ésta, tendremos recuerdos mientras vi vamos.
—Sí, pero tú pudiste haberlo evitado, Mars. Tú no tenías por qué huir de unos «gánsteres»...
—Lo que me sucedió a mí fue, en realidad, producto de una estupidez. La verdad es que me sentía cansado desde hacía algún tiempo. Había trabajado en exceso y no se me ocurrió nada mejor que viajar a Acaldo y alquilar un bote, para pasar unos cuantos días en alta mar, haciendo de navegante solitario, sin tener en cuenta que en esas circunstancias, también se trabaja mucho. Debí haberme ido a algún hotel de alta montaña, donde hubiera pasado un par de semanas sin hacer absolutamente nada..., pero —añadió con brillan te sonrisa—, entonces no te hubiera conocido a ti.
—A una ladrona de aviones —rió la muchacha.
—Robar aviones tiene mucha más categoría que robar coches —contestó él jovialmente.
Glynnis suspiró.
—Si salimos de ésta, tendré que enfrentarme a un proceso y acabaré en la cárcel —dijo, apesadumbrada.
Drake le acarició una mejilla.
—Lo importante es llegar vivos a tierra firme —dijo—. Ya me ocuparé de solucionar ese problema. ¿De acuerdo?
Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Espero que todo acabe bien —murmuró.

Pero íntimamente, no estaba segura del buen fin de aquella aventura.

CAPITULO XI

Drake salió a cubierta a media tarde, a fin de respirar el aire puro, pero encontró que la atmósfera exterior era apenas mejor que dentro de la cámara.

El cielo parecía amarillo. Las velas habían perdido parte de su hinchazón. No se veían nubes, pero el calor del cielo no era natural.

Había examinado el barómetro. Estaba en setecientos cincuenta y dos milímetros, mil tres milibares, con tendencia a la baja.

Se estremeció. Conocía la violencia de los huracanes tropicales, algunos de los cuales podían alcanzar velocidades de hasta doscientos cincuenta kilómetros a la hora.

La Amphitryte estaba bien para navegar en un mar con poco oleaje, pero no resistiría siquiera un viento de la mitad de aquella velocidad.

—Simplemente, se deshará en astillas —murmuro.

Glynnis estaba a su lado y se estremeció.

Sabía lo que pensaba el joven. Podían luchar con las personas, pelear por sus vidas, pero no había poder humano capaz de competir con los elementos desencadenados, con las irresistibles fuerzas de la naturaleza.

—Y será nuestro fin —añadió.

Drake asió su mano y la oprimió con fuerza. De alguna parte, llegaba una extraña melopea.

Caledon continuaba en el timón.

—¿Quiere que lo releve? —se ofreció el joven.

—¿Para qué nos lleves de nuevo mar adentro? —respondió el pirata burlonamente.

Drake señaló el velamen.

—Aunque esté encerrado, usted notará de inmediato un cambio de rumbo. El barco se balanceará y hasta oirá distinto el sonido de las olas al frotar contra el casco. Esto es algo de lo que no lo puedo engañar, créame.

Caledon dudó un momento, pero, al fin, acabó por aceptar la proposición.

—Está bien, pero como vea que me has engañado, te pegaré un tiro sin más. Los tiburones siempre están hambrientos ¿sabes?

—Sólo deseo perder un dedo —dijo el joven intencionadamente.

Sin prisas, llegó al timón y se apoderó de la rueda. La goleta seguía ahora el rumbo correcto.

—Voy a tumbarme un poco —anunció Caledon—. Estoy muerto de cansancio.

Glynnis se había unido al joven. Caledon descendió al compás y, en aquel preciso instante apareció Kraffer.

El antiguo marino mercante estaba completamente borracho. Tenía una botella en la mano y cantaba a voz en cuello, harto desafinadamente, una canción tabernaria. De pronto, eructó y empezó a hablar casi con incoherencia.
—Estamos todos condenados... Este barco está maldito... El nos posee y nos devorará a cuantos estamos a bordo... Es la «Nave del Diablo»... Die Schiff von Teufel! —aulló en su lengua materna.
Caledon se enfureció.
—Cállate, maldito borracho —rugió.
—No me da la gana... Burt, tú estás muerto... Sara está muerta... Yo también estoy muerto... Sólo vive el diablo..., el verdadero capitán de la Amphitryte...
Caledon agarró a Kraffer por un brazo.
—Condenado estúpido... Te vamos a necesitar muy pronto, así que vete a dormir la borrachera.
—No me da la gana... Burt, el idiota !o eres tú... Todo estaba bien planeado... Encontraríamos el tesoro de la Amphitryte, dijiste cuando la encontramos por casualidad... íbamos a secuestrar a esos dos pardillos.,., y ya han muerto cuatro de nosotros... —Rió y eructó ruidosamente y continuó—: Somos tres y tocamos a dos millones ciento sesenta y seis mil dólares por barba, pero es el diablo el que conseguirá los siete millones... Y todo gracias a tus brillantes ideas, a los planes que nunca pueden fallar...
Kraffer lanzó una estridente carcajada de burla y se llevó al gollete de la botella a los labios. Ciego de ira, Caledon intentó quitársela, pero el otro fue más rápido y retiró la mano, para, a su vez, golpearlo en la cara.
La botella rozó el rostro de Caledon, quien se había inclinado rápidamente hacia su derecha. El pirata pareció perder los estribos y, de repente, completamente loco de rabia, sacó su revólver y disparó tres veces contra el antiguo marino.
La sorpresa apareció de inmediato en el rostro de Kraffer. Glynnis se apretujó instintivamente contra el cuerpo de Drake.

La expresión de Kraffer había cambiado radicalmente. La botella escapó de sus dedos y se estrelló contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos. Luego, sus rodillas se doblaron y se inclinó muy despacio hacia adelante, hasta que su mejilla de recha estuvo en contacto con la tablazón de la cubierta.
—Ist..., die Schiff von.... Teufel... —repitió, en los últimos instantes de su vida.
Pateó un poco y se quedó quieto. Sara, desde la puerta de su camarote, contemplaba la escena en silencio.
Caledon se volvió hacia ella.

—Lo siento, no he podido contenerme... Ese maldito borracho me hizo perder los estribos... —Se pasó una mano por la frente—. No sé qué diablos haremos ahora sin él...
Sara señaló el puente.
—Tienes otro buen piloto —dijo.
—¿No tratará de engañarnos? —vaciló Caledon.
—¿Por qué no haces un trato con él?
Caledon se mordió los labios.
—Ya pensaré algo —dijo—. Ahora necesito un trago...
En aquel mismo instante, Drake concibió una idea. Cale don, con paso vacilante, se encaminaba a su camarote.
—Glynnis, toma el timón. Fíjate en la aguja y mantén siempre este mismo rumbo.
Ella aferró sendas cabillas con las manos. Drake descendió de un salto a la cubierta.
Sara lo miraba fijamente.

—Yo me ocuparé de este desdichado —dijo el joven.
—Vas a lanzarlo al agua, supongo.
—No hay tierra para cavar una sepultura —repuso Drake.
Agarró el inerte cuerpo de Kraffer por debajo de los sobacos y lo arrastró hasta la borda, procurando en todo momento dar la espalda a Sara. Luego alzó el cadáver poco a poco.
—Me voy a poner perdido de sangre —dijo—. Sara ¿quieres buscarme un balde para subir agua del mar? La chica está al timón y no puede soltarlo.
—Está bien —contestó la mujer, displicente.
Kraffer aprovechó la ocasión para sacar el revólver de Kraffer de su funda y esconderlo bajo la camisa. Miró hacia atrás, vio que Sara no había aparecido todavía y, corriendo en silencio, se acercó a la cámara y lanzó el arma a través de una de las lucernas.
Regresó rápidamente al mismo sitio, arrojó el cadáver, y se inclinó un poco sobre la borda. Glynnis, en el puente, había observado, nerviosa pero impasible, las maniobras del joven.
Sara apareció con un pozal, a cuya asa había una soga unida.
—Gracias —dijo Drake.
Lanzó el recipiente, lo izó lleno de agua y lo vertió sobre su cabeza. Luego repito la operación unas cuantas veces.
—Me secaré pronto —sonrió el joven.
Sara no dijo nada. Dio media vuelta y se marchó en silencio.

* * *

—¿Cuándo piensas usar el revólver? —preguntó Glynnis en voz baja.
—Al amanecer. Es la hora mejor. Están dormidos. Yo me ofreceré

para la segunda guardia, aseguraré el timón y desarmaré a Caledon.
—¿Y yo?
—Es posible que haya algo de ruido. Sara se despertará.

Saldrá corriendo, con la pistola en la mano, sin fijarse en nada más. Te daré una buena cabilla, de las que aseguran las drizas a la base del mástil. Golpea fuerte, sin miedo; es tu vida la que está en juego.
—Lo haré —contestó ella resueltamente. De pronto, sonrió—: Ella estará preguntándose ahora a cuánto tocan los dos supervivientes ¿no te parece?
—Tres millones y medio, suponiendo que lo del tesoro que han mencionado tanto sea cierto. Pero hay otro que han tenido todo el tiempo delante de las narices y no han sabido verlo.
Glynnis se sorprendió de las palabras del joven.
—¿Otro tesoro?
—Las piedras del lastre. Ignoro de dónde las han sacado, pero puedo asegurarte que es cuarzo aurífero de muy buena calidad. Probablemente, dará de tres a cuatro onzas de oro puro por tonelada. Suponiendo que sólo sean tres y contando con que haya unas doscientas cincuenta, se pueden conseguir alrededor de setecientas onzas. A seiscientos dólares la onza, el valor total de ese oro supone de cuatrocientos cin cuenta a quinientos mil dólares. Resta, a lo sumo, que ya es exagerar, cien mil de gastos, y pueden quedar limpios trescientos cincuenta o cuatrocientos mil dólares.
Glynnis creyó que perdía la respiración.
—¿Dónde has aprendido...?
—Tengo un amigo, que posee algunos yacimientos de diversos minerales, uno de los cuales es de cuarzo aurífero, de una riqueza bastante más baja que el que tenemos a bordo. Pasé hace tiempo unos días de vacaciones con él y me enseñó algunas cosas sobre minerales. Luego, yo correspondí enseñándolo a navegar —explicó Drake.
—Si ellos lo supieran...
Drake frunció el ceño.
—Pero no creo que nadie pueda aprovecharse de ese tesoro —dijo.
—¿Por qué, Mars?
—Está mal estibado en la sobrequilla, sin sujeción alguna. Cuando la goleta empiece a dar bandazos fuertes, las piedras se moverán. Algunas, muchas, en realidad, pesan una tonelada o más. Golpearán el casco...

—¡Dios mío! —se aterró Glynnis, pero no pudieron seguir hablando, porque en aquel momento apareció Caledon, dirigiéndose rectamente al puente.

El pirata se acercó al timón, como si fuese a examinar la brújula. Inesperadamente, sacó su revólver y apoyó el cañón en el costado del joven.
—¿Dónde está? —preguntó.
—¿A qué se refiere? —quiso saber Drake.
—No te hagas el tonto —dijo Caledon duramente—. La mentó haber disparado contra -Kraffer, pero eso es algo que ya no tiene remedio. Tú te ofreciste para lanzar el cadáver al mar y pediste a Sara que te trajera un pozal para lavarte la sangre. Kraffer tenía un revólver y tú no eres tan ingenuo como para permitir que se lo llevara consigo al fondo del océano ¿verdad?
—Le aseguro que no sé nada de lo que está diciendo —con testó Drake—. Estaba demasiado trastornado para fijarme en ese detalle...
—¡A otro perro con ese hueso! —rugió Caledon, a la vez que amartillaba el revólver—. Dime dónde lo tienes o aprieto el gatillo.
Drake vaciló. De pronto, Sara, que permanecía en cubierta, escuchando en silencio, lanzó una exclamación:
—Yo sé dónde debe estar, Burt. Lo tendrá en la camara..., y como no tuvo tiempo de entrar para esconderlo, lo lanzaría por una de las lucernas.
—Está bien, ve a ver inmediatamente —ordenó Caledon.
Drake se preparó para actuar. Trataría de sorprender a Caledon cuando Sara apareciese con el revólver y...
La mujer tardó unos minutos en hacerse visible de nuevo.
—Lo he revisado todo y no hay ningún arma —informó.
Drake procuró adoptar un tono indiferente.
—¿Lo ve usted? Ya le dije que no tenía el arma; ni se me ocurrió siquiera. Me estaba poniendo las manos perdidas de sangre y...
Caledon desmartilló el revólver y lo enfundó de nuevo, a la vez que emitía una gruesa interjección.
—Hablaremos después —dijo—. Es preciso establecer los turnos de guardia.
—Usted es el capitán —replicó Drake llanamente.

CAPITULO XII

Glynnis puso una mano sobre el brazo de Drake y lo miró afectuosamente.
—Has pasado un mal rato —dijo.
—Puedes tenerlo por seguro —admitió él.
—¿Te has hecho simpático a Sara Morris? A lo mejor mintió, para que Caledon no te causara el menor daño...
—Yo no le importo nada a esa mujer. Si dijo que el revólver no estaba, no mintió.
—Pero tú lo escondiste aquí. Yo te vi lanzarlo a través del «ojo de buey» —alegó ella.
—¿Es que acaso no te imaginas quién ha podido esconderlo?
Glynnis se puso una mano en la boca.
—«El» —murmuró.
La puerta se abrió en aquel momento. Sara asomó la cabeza.
—Os voy a encerrar. Sólo saldréis mañana al amanecer —dijo.
—¿No voy a relevar...?
—Ya nos arreglaremos nosotros —se despidió Sara secamente.
La llave sonó en la cerradura. Drake y Glynnis cambiaron una mirada.
—¿Hemos de alterar nuestros planes? —sugirió la muchacha.
Drake se acarició la mandíbula pensativamente.
—Ahora podía haberla sorprendido... No tenía el arma a mano... Un buen tirón de pelo... Hubiera podido dar resultado.
—¿Y Caledon?

—Está en el timón. Al oírla chillar vendría por el lado de estribor, es lo lógico. Yo daría la vuelta por el lado opuesto y lo sorprendería por la espalda.
—Y dispararías...
—Si es preciso, sí. —Drake tiró de uno de los cajones de la mesa del capitán y volvió a colocarlo en su primitiva posición—. Esto bastará. Cuando yo tire de sus pelos, tú le pegas con el cajón.
—¿Y si es Caledon el que viene a abrirnos?
—Casi lo preferiría. Se encontraría con un zapato en plena mandíbula —respondió el joven.

* * *

Drake durmió poco y mal aquella noche. Alrededor de las cuatro de la madrugada, se puso en pie, incapaz ya de pegar un ojo.
Glynnis se despertó también y abandonó la litera.
—Mars...
Drake se volvió y la abrazó un instante.

—Es preciso que nos preparemos —dijo—. Esta va a ser nuestra última oportunidad. Amanecerá antes de una hora.
Reinaba una extraña calma. No se percibía el menor sonido, excepto el ligero siseo de las olas al resbalar contra el casco. Pero era un ruido mucho más atenuado que la víspera.
—Estoy lista —dijo Glynnis, todavía abrazada.
Y, de repente, se puso a temblar, porque estaba viendo su litera, que se alzaba a un lado, girando por la parte del mamparo, como la tapa de un gran baúl.
Drake notó el temblor y volvió la cabeza. Una mano asomó por el hueco.
Luego se hizo visible un rostro cetrino.
—Vengan —dijo el hombre—. No hagan el menor ruido.
Drake y la muchacha se miraron un segundo. En aquel instante, había comprendido el método empleado por el desconocido para aparecer y desaparecer sin ser visto, al menos, en algunas ocasiones.
El hueco que había debajo conducía al entrepuente. Agachados, guiados por el desconocido, que empuñaba una linterna eléctrica, caminaron hasta la popa.
Pasmado de asombro, Drake vio allí una lancha neumática, con un pequeño motor fuera borda, remos y algún equipo, incluidos unos buenos prismáticos.
—Señor Drake —dijo el desconocido—, tiene que ayudarme.
—Me conoce usted —exclamó el joven, asombrado.
—He oído su nombre muchas veces. El mío es Ramón Sevilla. Y, en tiempos, fui tripulante de la Amphitryte.
—El único superviviente de la matanza, supongo.
—Exactamente. Pero ya le contaré la historia más tarde. Ahora tenemos que marcharnos cuanto antes. Las cosas se están poniendo muy feas.
Sevilla se acercó a la popa, soltó lo que parecían unos cerrojos y empujó con ambas manos.
—Una llave de contrabandistas tiene muchos trucos —dijo maliciosamente.
Drake comprendió que aquella salida había sido utilizada por Sevilla en más de una ocasión, para atacar a los piratas. Tendría otras, incluida la de la cámara, pero eso importaba poco en aquellos momentos.
—Debemos evitar hacer el menor ruido —dijo el hombre—. Ayúdeme a botar la lancha, señor Drake.
—Sí, desde luego.
Poco a poco, el bote neumático descendió al agua, cuya superficie apenas si se veía afectada por leves ondulaciones. Entre los dos, hicieron descender a Glynnis y luego bajaron sucesivamente, no sin

que Sevilla cerrase nuevamente la escotilla secreta.
—Vamos a remar con mucho cuidado en sentido opuesto a la Amphitryte. Cuando estemos a suficiente distancia, encenderé el motor, ya que ellos disponen aún de un par de metralletas. De todos modos, no navegaremos demasiado. Ya explicaré más tarde por qué, señor Drake.
—Está bien —contesto el joven, a la vez que empuñaba uno de los remos.
Volvió la cabeza. La negra silueta de la Amphitryte se alejaba paulatinamente. Un leve soplo de brisa provocó irisaciones en las aguas. A bordo de la goleta, ninguno de sus dos únicos tripulantes parecía haberse dado cuenta de la fuga de sus prisioneros.
Drake y Sevilla remaron con fuerza. A unos mil metros de distancia, Sevilla encendió el motor, pero, sorprendentemente, lo paró apenas mil metros más adelante.
—¿Por qué lo detiene tan pronto? —inquirió el joven, tremendamente intrigado.
Sevilla trazó un círculo con el brazo y sonrió:
—Señor Drake, señorita, estamos en el «ojo del huracán» —respondió.

* * *

El joven apenas si pudo contener una exclamación. Ya había más luz y podía ver lo que parecía una gigantesca barrera de nubes que los rodeaba completamente, a una distancia de un par de millas, hallándose ellos exactamente en el centro de aquel gigantesco círculo.
—El ojo del huracán —repitió.
—Así es —confirmó Sevilla—. ¿No ven todo lo tranquilo que se está aquí, mientras en los bordes externos soplan los vientos a más de doscientos kilómetros por hora?
Drake frunció el ceño.
—Señor Sevilla, por lo que yo sé, un huracán se desplaza en determinada dirección, pero lo hace de una forma global, con ojo incluido. Tarde o temprano, nos alcanzarán los bor des agitados por el viento...
Sevilla señaló con el dedo hacia el cielo.
—Los aviones meteorológicos han despegado ya. Volarán sobre el huracán, para informar. Tienen buenos observadores. Yo lo sé, porque una vez un amigo mío se encontró en un trance parecido y fue rescatado por un helicóptero. No se preocupen, saldremos de ésta.
Drake se acomodó en una de las salchichas del bote.
—Señor Sevilla ¿por qué no nos explica...?
—Con mucho gusto —accedió el interpelado—. Sin duda, ustedes han

estado preguntándose desde el primer día quién
era el que causaba ciertos misteriosos fenómenos ¿no es cierto?
—Y también algunos asesinatos —terció Glynnis.
—Sólo eran actos de justicia —alegó Sevilla—. Ciertamente, no se puede ocultar que los antiguos tripulantes, de la Amphitryte fuésemos totalmente honestos, pero el contrabando, si bien está reñido con la ley, no es tampoco un delito especialmente grave.
—Todo depende de los puntos de vista —sonrió Drake—. Un oficial de aduanas pensaría de modo distinto, Ramón.
—Bien, como sea, ninguno de los que tripulábamos la goleta, habíamos asesinado jamás a nadie. Por supuesto, también pescábamos y obteníamos buenos rendimientos, pero los beneficios de verdad estaban en el contrabando.
—¿Drogas? —apuntó la muchacha.
Sevilla hizo un gesto de repugnancia.
—Jamás —contestó—. Al menos, yo no conozco de ninguna ocasión en que transportásemos un alijo de drogas. Y tengo motivos para saberlo, porque yo era el contramaestre.
—Muy bien, prosiga, por favor —invitó Drake.
—De acuerdo. En cierta ocasión, nos contrataron para transportar una importante partida de gemas en bruto. Vendidas, podían proporcionar un millón y no cinco como aseguraba Caledon. Íbamos a porcentaje, pero, al parecer, la noticia se extendió y, cuando estábamos en el fondeadero secreto que utilizábamos habitualmente, Caledon y sus hombres nos asaltaron y mataron a toda la tripulación.
»Incidentalmente, ese fondeadero es una grieta muy estrecha en una costa sumamente abrupta. Uno puede pasar con su barco a dos cables de la orilla y no enterarse siquiera de que hay un barco escondido. Pero los piratas nos habían seguido cautelosamente y esperaron el momento propicio. Nosotros también tuvimos que aguardar, pero en esta ocasión no llevábamos ninguna carga y el capitán juzgó oportuno lastrar la embarcación con las piedras que han visto en la bodega.
»E1 día de la matanza —continuó Sevilla—, yo estaba en la costa. Oí los disparos y me escondí. Caledon y sus secuaces, registraron el barco pero no encontraron nada, aunque tampoco fue un registro muy concienzudo, porque avistaron un guardacostas y, temiendo ser descubiertos, escaparon para no ser capturados. Yo llegué después, me encontré con aquel espectáculo y juré que un día vengaría a mis amigos.
—Pero la Amphitryte, por lo visto, ha permanecido allí todos estos años —adujo Drake.
—Cierto —convino Sevilla—. Yo solo no podía gobernar la nave ni tampoco hubiera podido hacerlo, aunque me hubiese sentido capaz,

porque me hubieran acusado de la muerte de mis amigos. Crucé a pie la tierra firme y, durante mucho tiempo, estuve viviendo bajo una falsa identidad.
—¿Por qué Caledon no volvió a buscar el barco, después de que hubiese pasado el peligro del guardacostas? —quiso saber Glynnis.
—Bien, supongo que debió de pensar que la Amphitryte ya no estaba en el fondeadero. Aparte de ello, lo atraparon por un delito menor y ha estado casi tres años en la cárcel. Por lo visto, decidió volver a sus viejas mañas y reclutó de nuevo a algunos antiguos compinches, si bien faltaban un par de ellos, sustituidos por el negro y por el alemán.
—No los ha perdonado tampoco —le reprochó la joven.
—Ellos no nos hubieran perdonado —se defendió Sevilla—. Además, recuérdelo: yo no maté al alemán, aunque sí admito haber matado a los otros. Hout, Beamis y Reinen tomaron parte en la matanza. He vengado a mis amigos, señorita.
—¿Cómo alcanzó la Amphitryte, Ramón? —preguntó Drake.
—Bien, durante este tiempo, yo tampoco me he sentido en condiciones de hacer gran cosa. Mi salud se quebrantó bastante y no me atrevía a emprender la aventura, hasta que, sintiéndome mejor, fui a buscar la Amphitryte en una vieja barca de pesca.

Pude verla navegando libremente, suelta de sus amarras, y la abordé. Hice una mala maniobra y perdí la barca, pero no me apuró, porque sabía cómo arreglármelas con lo que había a bordo.
—Incluyendo este bote neumático, en perfecto estado de conservación —sonrió el joven.
—Estaba a la vista cuando yo llegué, pero al verlos a ustedes, decidí esconderlo en la quilla de pantoque. —Donde se escondía usted, claro.

—No, la sentina no es lugar para esconderse. Yo construí una especie de gruta bajo las piedras del lastre y allí es donde «vivía».
—Subiendo de cuando en cuando a la cubierta, para quitar de en medio a un pirata, o para traernos agua y pescado...
—Supe que eran buenas personas desde el primer momento, pero no quería que conociesen mi presencia a bordo. Usted iba a gobernar la Amphitryte y eso me convenía, pero Caledon y su banda aparecieron inesperadamente y ello me obligó a variar mis planes.
—¿Por qué no quería en el primer momento hacerse visible, Ramón?
—Hombre —intervino Glynnis—, tiene en alguna parte un millón en gemas. Seguramente, recelaba de nosotros...
Sevilla sonrió maliciosamente y asintió con la cabeza.
—Sí, las encontré —admitió—. Pero ustedes no me van a delatar, supongo.

Drake se encogió de hombros.
—Nos ha ayudado bastante y no se puede decir que Cale-don y su banda fuesen unos angelitos —respondió.
—Tengo ya bastantes años —confesó Sevilla, acariciándose la barba entrecana—. Con las piedras preciosas, podré constituir una renta, que me permitirá vivir sin trabajar el resto de mis días...
Tosió repentinamente y se llevó una mano al pecho. Pero sonrió casi en el acto.
—Miren a su alrededor —dijo—. En este lugar, en el «ojo del huracán», el mar parece un espejo. Arriba, a tres o cuatro mil metros, están volando un par de aviones meteorológicos. No tardarán mucho en vernos, si no nos han visto ya. Entonces, informarán al control de huracanes, en Florida, y enviarán un helicóptero a rescatarnos.
—Mars ¿qué historia contaremos? —consultó Glynnis.
Drake iba a responder: «La verdadera», pero se calló, porque, a pesar de todo, no se fiaba de Sevilla y le estaba viendo en la pretina de los pantalones el revólver de Kraffer.
—Ya nos inventaremos algo creíble ¿no es verdad, Ramón?

—Sí, desde luego. Pero miren, la Amphitryte está ya siendo sacudida por la tormenta.
Drake y Glynnis se volvieron. El joven cogió los prismáticos.
Eran de diez aumentos. La goleta se le hizo visible como si estuviese a menos de cuatrocientos metros, en lugar de hallarse a unas dos millas, en el ya agitado borde interno del ojo del huracán.

Las olas, en aquel lugar, eran cada vez más altas. La Amphitryte se movía dando terribles bandazos. Sobre la cubierta, Drake divisó a dos figuritas que se movían desesperadamente.
—No tienen salvación —dictaminó Sevilla sombríamente.
De súbito, Drake vio que se abría un enorme boquete en el casco del barco, en el costado de estribor. Un colosal pedrusco saltó fuera y se hundió inmediatamente en el océano.
Más rocas ensancharon el boquete. De pronto, una ola monstruosa arremetió contra la Amphitryte, cogiéndola completamente a través.
La goleta empezó a ladearse. Drake, Glynnis y Sevilla contemplaban la escena con morbosa curiosidad.
Por un momento, pareció que la goleta iba a enderezarse, pero la carga del lastre acabó de correrse por completo y el barco dio la vuelta entera, quedando unos instantes con la quilla al aire. Otra ola pasó espumeante por encima. Cuando terminó su ataque, la Amphitryte había desaparecido.
—¡Buen viaje al infierno, bastardos! —gritó Sevilla, exultante de alegría.

—No debía de sentirse tan contento, Ramón —dijo Drake—. El lastre era cuarzo aurífero. Podía haber proporcionado casi medio millón de dólares en oro.
Sevilla puso cara de sorpresa.
—¿Es cierto?
Drake hizo un movimiento afirmativo.
—Sí, a estas alturas, no habría por qué engañarlo.
—Bueno —el antiguo contrabandista se encogió de hombros—, a fin de cuentas, me queda un millón seguro. ¿Quieren verlo?
Sonriendo divertidamente, Sevilla metió la mano en la camisa y extrajo un sucio pañuelo, atado por las cuatro puntas. Disfrutando con el asombro de los dos jóvenes, desató los nudos y enseñó las gemas.
—Son preciosas —dijo Glynnis.
Sevilla volvió a toser, ahora con más intensidad. De pronto, lanzó un seco quejido y se inclinó hacia atrás, a la vez que ponía los ojos en blanco.
Las piedras preciosas se escurrieron del pañuelo y cayeron al mar. Glynnis, aterrada, se cogió la cara con ambas manos.
Drake actuó justo a tiempo para evitar que Sevilla se hundiera en el agua. Luego lo tendió en el suelo de la lancha neumática y trató de reanimarlo.
A los pocos momentos, desistió de sus esfuerzos. Volvió los ojos hacia la joven y la miró fijamente.
—Ha muerto —anunció.

Sobrevino un momento de silencio. El bote se agito de pronto.

Drake empezó a sentirse aprensivo. Ya llegaban las prime ras oleadas de la tempestad. Los bordes del huracán estaban aún lejos, pero era evidente que muy pronto podían ser alcanzados por aquella devastadora fuerza de la naturaleza.
—Tendremos que mantenernos en el centro hasta que... —No se atrevió a completar la frase, pero se preguntó a sí mismo cuánto tiempo podrían durar en aquella situación.
Comprobó que Sevilla estaba muerto. Su corazón no la tía. En silencio, lo arrojó al mar. Luego, encendió el motor y procuró situar el bote en el centro de aquel espacio absolutamente tranquilo.

De repente, cuando menos lo esperaban, se produjo a muy corta distancia un extraño burbujeo. Glynnis lanzó un grito de espanto, temiendo el ataque de alguna fiera marina.
Con fuerza irresistible, una cosa negra, reluciente, que chorreaba agua por todas partes, emergió a la superficie. A Drake se le cayó la mandíbula inferior por la sorpresa.
—¡Un submarino! —exclamó.

Unas figuras humanas aparecieron en la torreta. Alguien les hizo señas.
—¡Suban a bordo, pronto! —gritó.
Glynnis se echó a llorar. Drake contuvo una sonrisa. No quiso decir nada a la joven. Aquel llanto era la reacción lógica después de tantos días de tensión vividos a bordo de la que Kraffer había calificado con no poco acierto «la Nave del Diablo».
Pero el diablo, pensó, había sido sólo un hombre y ahora hada compañía a sus víctimas en el fondo del océano.
El guardacostas al que habían transbordado desde el submarino, se acercó al muelle. La noticia del rescate se había extendido y había numerosos periodistas aguardándolos con sus magnetófonos y cámaras de todas clases. También había otras personas esperando. Glynnis vio a aquellos hombres serios y ceñudos y sintió un escalofrío.
—Mars, ya me han encontrado —musitó.
Estaban junto a la borda, mientras el guardacostas se disponía a atracar de costado al muelle. Drake miró en aquella dirección y apretó los dientes.
—No te harán el menor daño —aseguró—. De eso me encargo yo.
Repentinamente, varios hombres, algunos de uniforme, aparecieron en el muelle y rodearon a los tres sujetos que esperaban a la muchacha. Tres pares de brazos se alzaron en el acto.
Tres hampones desaparecieron momentos después. Glynnis lanzó un suspiro de alivio.
Drake pasó una mano por su cintura.
—Yo me encargaré de que no te suceda nada —insistió—. Puedes comprender que no voy a permitir que mi futura esposa sufra más tribulaciones.
Ella lo miró y sonrió feliz. En aquel instante, unos marineros tendían la pasarela.
—Glynnis, ya sabes lo que debemos responder —dijo él.
—No te preocupes; nadie sabrá jamás lo que sucedió a bordo de la Amphitryte —contestó ella.
Juntos, avanzaron hacia los periodistas..., y hacia un futuro de felicidad inextinguible.

FI N